

# barvillo

En Rosario, el ruido de la cultura

NÚMERO 5  
Diciembre 2019  
ROSARIO \$200



9 772618 528009



“Hay aspectos que tienen que ver con la forma en que yo veo el mundo que están relacionados con Rosario”

ENTREVISTA EXCLUSIVA A **PATRICIO PRON**,  
AQUEL JOVEN AUTOR QUE UN DÍA DEJÓ  
LA CIUDAD Y SE ESTABLECIÓ EN MADRID,  
DONDE CONSTRUYÓ UNA SÓLIDA  
CARRERA LITERARIA

**CRÓNICAS:** HISTORIAS DE GÉNERO/ ROSARIO TAMBIÉN TIENE EL SÁNDWICH/ **RETRATO:** LOVELL, EL PRIMER BIBLIOTECARIO. **ESCRIBEN:** SEBASTIÁN RIESTRA, MIGUEL ROIG, SILVINA TAMOUS, VÍCTOR MAINI. **RESCATE:** UN TEXTO RURAL DE FACUNDO MARULL. **FOTOS:** KÜMEI KIRSCHMANN

PERDÓN

TE QUIERO

MUY BIEN

BUEN DÍA

GRACIAS

SALUD!

SUERTE

POR FAVOR

**HAY PALABRAS QUE TRANSFORMAN.**



CÁMARA DE DIPUTADOS  
DE LA PROVINCIA  
DE SANTA FE

El diálogo transforma.

Antonio Bonfatti  
Presidente

STAFF

**barullo**

**Directores**

Horacio Vargas  
Sebastián Riestra  
Perico Pérez

**Colaboran en este número**

Mauro Aguilar  
Sonia Tessa  
Miguel Roig  
Max Cachimba  
Víctor Maini  
Silvina Tamous  
Juan Aguzzi  
Rubén Echagüe  
Carina Toso  
Julián Berenguel  
Héctor Manzur

**Fotografía y foto de tapa**

Sebastián Vargas

**Fotógrafos invitados**

Kümei Kirschmann  
Pancho Guillén

**Diagramación**

Fabiana Colovini

**Página web**

www.barullo.com.ar  
Coordinador de contenidos:  
Agustín V. Hoffman

**Contacto**

barullorevista@gmail.com  
@revistabarullo  
revista\_barullo  
@barullorevista

**Distribuye**

Homo Sapiens Ediciones  
Sarmiento 825, Rosario

**Impresión**

UNR Editora  
Urquiza 2050, Rosario

**Editor responsable:**

Horacio Vargas

Todos los derechos reservados.  
Prohibida su reproducción total  
o parcial sin previa autorización.  
Registro de la propiedad intelectual  
en trámite. Barullo integra la  
Asociación de Revistas Culturales  
Independientes de Argentina  
(ARECIA).

**PESCADO EN LA RED**

# San Cayetano en mi memoria

Por **Reynaldo Sietecase**

San Cayetano en mi memoria está asociado a las procesiones del 7 de agosto en Rosario. Paseo obligado en la infancia detrás de mi madre y sus amigas. Las velas, las espigas y los rezos. Una multitud movida por la necesidad y el agradecimiento pasaba justo por la esquina de mi casa. Nos sumábamos allí, en Pasco y Buenos Aires. Mi fe por entonces había comenzado su lenta retirada pero, callado y obediente, seguía la ronda.

El saludo con los pañuelos blancos y el gesto adusto del santo generaban un efecto de alivio colectivo. Y el niño en sus brazos iluminaba como un monarca bondadoso y lejano. San Cayetano en mi memoria remite a las primeras consignas frente a los milicos: “¡Paz, pan, trabajo, la dictadura abajo!”. El sindicalismo contrabandeaba sus consignas. No daba reprimir un acto religioso y ellos lo sabían. Quizás aquellas rondas, que acompañé de pibe, me mantengan todavía en su gracia. Ojalá que quien busque encuentre y el que tenga mantenga. Por lo pronto, si cierro los ojos, puedo ver a mi madre caminando despacio. Avanza, fumando y sin rezar, entre la marea esperanzada de creyentes. Amén.

*Publicado por su autor en Facebook. @sietecase*

***BlueArt llega a los 100 títulos  
y lo celebra a lo grande:  
Disco inédito de Gato Barbieri***



***Grabado el 8 de noviembre  
de 1991 en el teatro Gran Rex  
de Buenos Aires por Carlos Melero.***

***DISPONIBLE EN DISQUERIAS  
Y TIENDAS DIGITALES DESDE  
EL 28 DE NOVIEMBRE DE 2019***



**Seguinos en: [blueart.com.ar](http://blueart.com.ar)  
Y [facebook.com/blueartrecords/](https://facebook.com/blueartrecords/)**



# MÁS CULTURA EN LA CIUDAD

Ahora también podés agendar  
las programaciones culturales  
en tu calendario desde

[rosario.gob.ar/cultura](https://rosario.gob.ar/cultura)

MARTA MINUJÍN  
EN DOCUMENTA 34

CULTURA PÚBLICA  
PARA TODO PÚBLICO

Rosario =

## AMBOS MUNDOS

# Un rosarino en Delhi

Por  
Miguel  
Roig

Los ejes ya de aquellos tiempos en que la vida discurría en el espejismo de la comunidad organizada, el neocapitalismo nos sorprende cada mañana porque ningún día amanece de igual manera. Las leyes del juego son plásticas: mutan en cada jornada y ese, justamente, es lo que podríamos llamar el espíritu de este tiempo, el *Zeitgeist* de nuestros días: desplazamiento y metamorfosis. A la liquidez que diagnosticaba Zigmunt Bauman se le debe incorporar lo gaseoso que retorna, inexorablemente, condensado, pero con una materia distinta. La pérdida de las certezas y la devaluación definitiva de la experiencia hace que un ciudadano se vea envuelto —y dispuesto— a diferentes cambios para sostener su condición de tal, en términos materiales y emocionales.

La política, el trabajo y el amor, por tomar tres ejes capitales, el de organización social, el de realización personal y el campo de los afectos, se ven en constante movimiento y cambio. Este proceso no se produce desde el cuestionamiento o la pulsión transformadora. No hay, en política, una idea superadora que ponga en la cuerda floja al sistema; en lo laboral no hay un cambio de paradigma como, por ejemplo, aconteció en el pasaje del fordismo al toyotismo y en lo afectivo, no existe un relato como el de la revolución sexual. Todo se desplaza y muta al libre albedrío.

La política da paso a una tecnocracia en la que el ciudadano, en ese entorno hostil se ve obligado a circular no ya como fuerza de trabajo sino como emprendedor, eufemismo que encierra la obligación de producir tantos roles como le exija el mercado. La desaparición del trabajo hace que deban buscarse oportunidades, nichos vacantes para ocuparlos y adaptarse a esa demanda. El neocapitalismo es el tránsito del ciudadano a un estadio inferior, el de un producto y como tal debe generar su necesidad. Como ocurre en el circuito del consumo, los productos rotan y la demanda es variable, con lo cual se debe estar en el permanente upgrade, actualización, de uno mismo, aquello que en marketing se entiende como una nueva versión del producto; claro que en casos extremos se puede incluso ver obligado a mutar en una nueva propuesta. Así como las tabacaleras fueron diversificando hacia la alimentación, un arquitecto puede pasar de realizar proyectos urbanísticos en Rosario a la producción artesanal de queso en una chacra de Córdoba o al diseño de programas informáticos para una empresa de Delhi desde un monoambiente en Barcelona.

En los años ochenta Woody Allen creo un personaje, Leonard Zelig, cuya vida contó en un falso documental. Zelig padecía una patología extraña que le llevaba a transformarse de manera constante, mimetizándose con el entorno que le rodeaba. Así, en una fiesta de la alta sociedad, se expresaba con un elegante acento bostoniense y exhibía sus ideas republicanas al tiempo que, podía pasar al área de servicio de la casa y mezclarse con el personal doméstico, utilizando giros vulgares y soltando consignas demócratas. La película cuenta cómo una psiquiatra, que acaba enamorándose de Zelig, intenta curar su trauma. El existencialismo actual opera de manera inversa: no busca una cura, al contrario, nos vamos inventando reglas para abandonar lo que somos y convertirnos en otros de la manera más efectiva posible, es decir, con un coste traumáticamente bajo y rentablemente alto. ¿El porvenir es alcanzar la virtud de Zelig?

Estamos en las antípodas de Montaigne. Intentar ser un sujeto que pugna por seguir siendo él mismo, simplemente él mismo, en medio de una catarata de fanatismo y destrucción como intentaba Montaigne, es, según el sistema, ir contra uno mismo. Cuenta Stefan Zweig en su bello libro sobre Montaigne que este buscaba incansablemente en su yo interior, al que no consideraba particularmente extraordinario ni interesante pero que, sin embargo, lo percibía como único e incomparable. Buscar el yo que habitaba en él, dice Zweig, le permitía de algún modo dar con el del otro, el que nos es común a todos. Nada más lejano a esta deriva existencial, una brújula que marca un norte, el cual, al alcanzarlo, se constata que la línea del horizonte a la que hemos llegado fue trazada por alguien con un rotulador. Tal vez por el arquitecto rosarino, camino a Delhi vía Barcelona.



# Banco Municipal



**Bienvenido todo lo que suma.**  
Bienvenido a Muni Más, el sistema de puntos del Banco Municipal.

Usás tu tarjeta, sumás puntos y los canjeás por viajes, vouchers, electrodomésticos y cientos de cosas más.

**Regístrate ingresando a [www.bmros.com.ar](http://www.bmros.com.ar)**



Si aún no tenés tu tarjeta, pedila desde nuestra web o en sucursales.

SEGUINOS EN



Descargá nuestra APP

## ¿DÓNDE HACEMOS BARULLO?

### ROSARIO

KIOSCOS de diarios y revistas  
HOMO SAPIENS EDICIONES / Sarmiento 829  
STAND UNR EDITORA / Corrientes y Córdoba  
MARIO YARDIN LIBRERIAS/ Terminal de Omnibus  
BUCHÍN LIBROS / Entre Ríos 735  
LABORDE LIBROS / 3 de Febrero 1065  
OLIVIA LIBROS / Entre Ríos 579  
PUERTO LIBRE/ Corrientes 857  
PARADOXA / Mendoza 923

VIDEOTECA / Entre Ríos 1722  
BAR EL CAIRO / Sarmiento y Santa Fe  
RIVOIRE/ Galería Pasaje Pan  
MUSEO CASTAGNINO / Pellegrini y Oroño  
**SANTA FE**  
MARIO YARDIN LIBRERIAS/  
Av. Aristóbulo del Valle 6401  
PUNTO DE ENCUENTRO / La Rioja 3221

### VENADO TUERTO

TYP/ Mitre 840  
**CIUDAD DE BUENOS AIRES**  
WALDHUTER LA LIBRERÍA /  
Av. Santa Fe 168

LIBRERÍA HERNANDEZ/ Av. Corrientes 1436  
RED DE LIBROS/ Carlos María Ramírez 1124  
ANTIGONA LIBROS/ Callao 737

### LA PLATA

RAYUELA LIBROS/ Plaza Italia 187  
**CIUDAD DE CÓRDOBA**  
MAIDANA LIBROS / Paseo Lugones, local 590

### SITIOS WEB

<https://homosapiens.com.ar>  
<https://queleerlibros.com>  
<http://www.dalsa.com.ar>  
<https://librospremise.com>



# barullo

En Rosario, el ruido de la cultura



¡ÚLTIMAS  
NOTICIAS!

EXTRA EXTRA  
TODO SOBRE  
AQUELLO



ESCRITOR INVITADO

# Diario de un canillita

Por **Víctor Maini**

Ilustración **Max Cachimba**

Entre paredes de chapas, cielorrasos de cielo y duchas de nubes, los canillitas cruzamos el tiempo junto a clientes y amigos unidos por un mismo amor, el periodismo gráfico. No existe comprador que no desnude sus pensamientos frente a nosotros. La misma persona que alguna vez fue incondicional al semanario Anteoquito, adquirió revistas condicionadas mediante excusas infantiles en su adolescencia, compró luego publicaciones de política, caza y pesca, hoy nos visita buscando troquelados para sus hijos. Los carteros y los canillas somos conscientes del tesoro que transportamos. Si bien lo esencial es la palabra hablada, la escritura es necesaria para desafiar vientos y olvidos. El emisor se detiene un instante antes de volcar en signos sus sentires y pensamientos, pone lo mejor de sí para comunicarse con el destinatario, encargado de cerrar el círculo mágico mediante la libre interpretación del papel escrito. En consecuencia, nuestra prioridad es proteger la carga, nosotros viajamos amparados en imágenes genuinas, reproducidas sin descanso por nuestro proyector a pedal. Con la misma discreción que ostentan las sombras de las madrugadas, somos testigos involuntarios de casos y cosas, sabemos de pecados, no

de pecadores. Regamos con vino y anécdotas los asados entre colegas. Para iniciar un relato anónimo y sin tiempo trocamos las tres palabras mágicas “había una vez” por “tengo un cliente”.

Llueven historias a cántaros, como aquella del quinielero forastero que todas las mañanas esperaba en Pichincha, con su maleta preparada, el diario de Buenos Aires con el listado de la Oro, para decidir si se tomaba el tren o pagaba otro día más de pensión. Ante una mala racha para sus apostadores se afincó en la ciudad. Años más tarde inauguró una agencia oficial de lotería, con un cartel colgado en la puerta que rezaba “el juego ilegal es delito penal”.

Existen casos de duendes y brujerías, como la del compañero que solía alimentar las supersticiones de su clienta cambiando de lugar las estatuas de yeso de su jardín los viernes de luna llena. Perdió el mensual la noche en que la dueña lo descubrió en plena maniobra acusándolo de intentar robarle un enano.

No faltan tampoco relatos tétricos, como el de aquel anciano solitario que esperaba insomne detrás de una enorme puerta de madera su ansiolítico de papel entintado, ejemplar que recibía con un tirón nervio-

so y sorprendente desde el otro lado del buzón. Después de una semana en la que el diario se deslizó suavemente por dicha abertura, un vecino realizó la denuncia policial debido a aullidos de perros hambrientos en dicha propiedad, forzaron la entrada y se encontraron con el cadáver del lector rodeado de periódicos atrasados.

A Roberto le gustaba acordarse del muchacho aquel que pasaba diariamente por el puesto del brazo de su novia, comprador compulsivo de libros y colecciones. Una vez rota la relación, volvió con la mercadería intacta y le dijo a mi amigo: “Devuélvame la plata que quiera, lo compré para aparentar, yo no sé leer”. “Cuando no hay un mango en la calle, las deudas indocumentadas no te las garpa ni Dios, a eso sumale los vivos de siempre que se aprovechan de la situación”, aseguró una noche Miguel en su quincho de barrio Belgrano, para después contar: “Tenía un cliente, un quía podrido en guita, me debía un fangote y se hacía el burro. Un día de revire cacé su número de teléfono y lo escraché en un aviso clasificado que decía: «Regalo papagayo que habla, doce yuntas de canarios Roller y una perra Doberman preñada, por inminente viaje a Europa». El domingo a la noche lo llamé y le dije: «Si hoy te volvieron

loco, la semana que viene te van a llamar más que a Susana». Cayó el lunes y me puso todo el viento”.

Entre colegas medimos la anti-güedad por jornadas vividas de mayor venta. Osvaldo revive la edición extra del Decano la noche del 2 de abril del 82. Tortuga recuerda la cantidad exacta de ejemplares vendidos junto a su amigo Yíyo, 400 de Tribuna y 300 de Crónica “en un rato nomás”, frente al histórico edificio de la CGT, la fría tarde del 1º de julio del 74.

“Los griegos tenían razón, las tragedias son de consumo masivo”, repetía siempre el gran Quique, un patriarca para muchos de nosotros, no sólo por su récord obtenido en el asesinato de Kennedy, sino también por su análisis profundo de las cosas, su reflexión a contramano del sentido común, a favor de los latidos de la calle, un verdadero autodidacta con alma de ratón de escaparate, lector incansable de publicaciones dispares partiendo de Mecánica Popular, pasando por El Tony, culminando con la Odisea. Siempre supo dejarme un mensaje en cada conversación, la última charla ambos la sentimos como una despedida: “Obviamente que no lo voy a ver, pero lo virtual tiene fecha de vencimiento. Existen inventos que son perfectos, que vencen al tiempo, hay cosas del pasado que están en el futuro de los pibes, pobres de ellos si tienen que crecer sin una biblioteca personal, un objeto de culto, una carta de amor de letra febril, una flor seca como señalador de un poema olvidado. No es lo mismo poseer un tesoro de fotos viejas que el recuerdo de una selfie en un celular extraviado. Los efectos colaterales son como la humedad, te matan. No podemos

perder el tacto y el olfato en pos de una imagen. El peor invento del hombre fue el espejo, el narcicismo es una epidemia por estos días. Los libros iluminan, los espejos negros distorsionan. Esta diabetes que me viene arreando no es hereditaria, es producto de la mala vida que llevamos. Tenemos que reencontrarnos con encantos perdidos de una época más placentera en la que disfrutábamos de cosas simples. Escuchame bien cuentista, hay amores que son para siempre, uno de ellos es al papel escrito, es tiempo de resistencia”. Tal vez por miedo a quebrarse, cortó abruptamente su monólogo, caminó con dificultad por la habitación del primer piso del Hospital Español hasta llegar a una ventana con vista a la calle, miró el sol trepar en lo más alto con ojos de gorrión enjaulado y exclamó: “¡La pucha... qué lindo día para ser canillita!”.

Tengo un cliente que de pibe nunca contó ovejitas para dormirse, sino estrellas para desvelarse. Repetidas amenazas con meterlo pupilo lo obligaron a olvidarse del cielo para dedicarse de lleno a estudiar matemáticas, fundamental para la carrera de contador público con la que tanto había soñado su madre. Debía estudiar para conseguir un trabajo limpio y prolijo que lo alejara de los fantasmales mamelucos engrasados de su padre. No llegó a terminar sus estudios, la vida lo recibió de auxiliar. A nadie extrañó su ingreso al Banco Nación. En su nave de vidrio y madera, con botones para sumar, viajó como cajero durante treinta años. Entendió que era más conveniente contar billetes en tierra firme que astros en medio de la nada. Su sonrisa, nerviosa y fría, escondía remolinos en su alma

que sólo hallaba la calma en un sueño recurrente en donde miraba a la Tierra con ojos de astronauta, bella y azul, flotando en un mar de silencio. Como buscando un sol que descongelara la capa de hielo de su religión del signo igual, se fanatizó con Fabio Zerpa, Nostradamus y todo tipo de predicciones. Buscando diferencias pequeñas como su sueldo en cuentas millonarias de terceros, fue perdiendo la visión balance tras balance. Contó pesos ley 18.188 entre topes, secuestros y acomodados. Humedeció australes con sus dedos en la primavera alfonsinista. Repitió la tabla del uno para separar fajos de dólares y pesos en los años 90. Recibió insultos y agresiones de parte de conocidos ahorristas en la crisis del 2001. Cuando una arritmia de números modificó el pulso de sus pensamientos, sintió la angustia del cero a la izquierda. Lo jubilaron sin medallas. En la actualidad su hija lo cuida como una madre, reverdece una vieja amenaza, pupilo en el manicomio. El bancario espacial camina como subiendo escaleras, gana la calle temprano en busca de sus dos vicios, el pucho y La Nación. Se acerca al mostrador, limpio y prolijo, un Natalio Ruiz sin sombrero. Discípulo de Solari Parravicini, predica sus psicografías, explica y anuncia la inminente llegada del hombre gris. Siempre me regala el mismo consejo: “Al cielo, diariero, hay que mirarlo de noche, el día es una gran mentira, vivimos encandilados”. Regresa a los tumbo, de contenedor en contenedor, levantando tapas, revisando contenidos. Es probable que se tope con la profecía anunciada, existen contribuyentes que arrojan espejos rotos a la basura.

## OPINION

# Ciudadane

Por  
**Silvina**  
**Tamous**

**E**l diario El Ciudadano nació hace 21 años, pero en octubre de 2016 se transformó en una cooperativa de trabajadores y empezamos a gestionar nuestro propio medio. Fue un desafío duro, y lo es todavía, ya que no sólo había cambiado nuestra condición, sino también la manera de hacer periodismo. Había que aprender lo nuevo y adaptarse a gestionar la economía de un medio, la limpieza, y también plantearse hacia dónde queríamos ir.

Lo primero que nos surgió fue definir los ejes por donde iba a pasar nuestro medio, tanto en web como en papel. Definir lo que nos iba identificar y nos iba a marcar. Preguntarnos qué queremos contar y cómo.

Ahí resolvimos que nuestros ejes serían género y ampliación de derechos, policiales y derechos humanos, deportes, trabajo y la cuestión social. También resolvimos desde qué lugar narrar y nos pareció que la mirada iba a partir del ciudadane. Contar los efectos económicos, pero desde le ciudadane, por ejemplo.

Con esos ejes definidos establecimos una serie de capacitaciones. Queríamos y buscábamos que el género no sea sólo una sección en el diario, sino una perspectiva que atravesase a todas las secciones. Y es por eso que se capacitaron todas y todos los periodistas.

La problemática de género se fue imponiendo. Quizás con más velocidad que el resto de los temas. Las y los más viejos escuchamos y aprendimos de las más jóvenes. E intentamos que el abordaje de la ampliación de derechos, es decir género y diversidad, tuviese el mismo tratamiento en el diario papel, la web, las redes y toda pieza de comunicación del diario.

Muchas de las cuestiones que se fueron abordando tienen que ver con el hecho de que el diario es cooperativo y no se podía concebir un estructura ni siquiera parecida a la que existía hace dos décadas.

La revolución de las mujeres vino con docencia de las más chicas, es por eso que se llama la revolución de las hijas. Pero también vino con una obligación de revisar ese pasado, de recordar cómo era. Las mujeres no la pasamos bien en las redacciones. Y a medidas que escuchábamos a las más jóvenes repasamos los abusos de los que fuimos víctimas. Nuestra palabra no era importante, o sólo podía imponerse tras una pelea siempre desigual. Las mujeres jefas eran pocas, o casi ninguna. Y no tomaban decisiones. Esa estructura patriarcal que acompañó durante años, intentamos de a poco modificarla.

Por ejemplo, los micromachismos que también afectan el trabajo diario los anotamos en un pizarrón. Tenemos una columna para las machiruleadas y otra para otro tipo de comentarios discriminatorios. Y el que suma más cruces lo va pagando con cervezas. Es una manera de no dejar pasar lo que molesta y no naturalizarlo: comenzar a modificar la realidad desde el lenguaje.

Debatir cada uno de los temas a diario nos hace tomar posición. Y eso determinó que el día en el que la ley de aborto legal seguro y gratuito se debatía en el Senado, sabíamos cuál iba a ser nuestra tapa con anterioridad. Para nosotros el aborto iba a seguir siendo clandestino. Sin embargo, por el horario de cierre no pudimos poner la tapa gráfica en la que constara sólo la palabra clandestino. El debate no había terminado y no podíamos hacer periodismo de anticipación. Así que la tapa papel fue otra, y "CLANDESTINO" fue nuestra tapa web.

A partir de allí entendimos que las tapas web también nos ayudan a construir identidad. Porque son las que marcan cuál es la línea editorial, qué pensamos y cuál es el tema que nosotros priorizamos sobre el resto.

La tapa "CLANDESTINO" fue viralizada y es quizás una de las que mayor visibilidad nos dio.

ENTRE LA TRADICIÓN Y LA INNOVACIÓN

# Un aventurero en la ruta de los sándwiches

Nuestro experto en gastronomía no se priva de nada a la hora del placer. Esta vez recorre tres espacios clásicos en Rosario a la hora de colocar la felicidad misma entre dos trozos de pan: Junior, Monreal y Gorostarzu. Un recorrido donde no falta ningún condimento

Por **Mauro Aguilar**  
Fotos: **Sebastián Vargas**





Los chinos idearon la ruta de la seda. Los mendocinos, que no son tantos, montaron una más divertida: la del vino. Atrás llegó la marea gastronómica: en el sur apostaron al chocolate y en el norte a las empanadas. Los cordobeses, capaces de terciar en una guerra comercial con asiáticos y norteamericanos, doblaron la apuesta: ofrecen rutas del queso, del chacinado y del cabrito. Rosario también tiene un producto para trazar su propio recorrido: el sándwich. En un puñado de cuadras se puede completar un paseo por sabores clásicos e imbatibles, una oferta que ya conquistó a tres generaciones y que continúa batallando entre cajitas felices y velocistas con sus paladares entrenados para la comida rápida.

El camino se extiende por once cuadras y tiene tres paradas obligadas. La primera, en Mitre 849. “Ha llegado a su destino”, me anuncia la voz de una joven ibérica. Apago el GPS y nos separamos por un rato: ella irá por unas tapas y yo a conocer la oferta del bar Junior, un comercio que fue pensado como zapatería para niños y al final no, nada que ver con suelas y cueros: desde el 17 de febrero de 1953 cautiva con su oferta de sándwiches.

### **El pavita caliente**

El lugar es pequeño y la arquitectura está inspirada en bares neoyorquinos. O al menos desde su reforma, en 1963: mesas rectangulares y blancas. Bancos negros y redondos. La decoración no tiene secretos: el fanatismo por los Beatles se evidencia en cinco fotografías. Y se extiende a la carta, que ofrece un Ringo, un Ringo especial, un Harrison o el triple John Lennon.

Ya lo decían los cuatro fantásticos de Liverpool en una de sus más famosas canciones: “todo lo que necesitas es un buen sándwich”. ¿Y McCartney? Tranquilos, también está en la oferta gastronómica, aunque a él se lo homenajea en forma de ensalada. Quizás detrás de esa diferencia se oculte otro elemento para alimentar el mito de su muerte temprana.

La historia del bar Junior es, al mismo tiempo, la historia de una familia que dedicó su vida al negocio. El camino lo iniciaron Juana Armoa y José Peláez -“Pepa” y “Pepe”-, lo continuó su hijo y ahora sus nietas. María José Peláez, una de las que tomaron la posta, recuerda jugar

desde pequeña en el local que ahora administra junto a su hermana.

“Mis abuelos vivieron para el negocio”, cuenta la mujer de 44 años. El trabajo en aquellos inicios era artesanal y el producto tenía diseño de autor. Hasta los nombres elegidos para los sándwiches llevaban una historia, un lazo con la clientela que los pedía con determinados ingredientes.

“El Reina era por una señora que se llamaba así. El Valle o el Padrino, lo mismo”, explica María José. La tradición se sostiene: hoy en la carta se asoman Juancito y Samy, Ale y César. La gente mezclada con trozos de pavita, mayonesa, pasta de roquefort y apio.

Pero la costumbre de un nombre simpático podría ser sólo una cáscara vacía si detrás no se sostuvieran sabores, calidad, texturas. “Este lugar no se caracteriza por ser barato. Los sándwiches tampoco son grandes. Pero acá hay calidad. Si venís a comer lomo, es lomo. Es la misma filosofía de mi abuelo”, explica María José.

El Pavita Caliente, el mismo que elaboraba Juana en los años 50, es el más vendido en la actualidad junto a las diferentes variantes que contienen lomo. En diciembre, el mes con mayores ventas, Junior despacha unos 200 sándwiches por día.

“Yo jugaba acá desde chiquita. Acá me corté, me quemé. Sé hacer todo. Me meto en la cocina y les explico a los cocineros que hay una técnica para armar los sándwiches. La idea es que el cliente venga y coma lo mismo y como lo comía en su época. La forma en que lo armo y lo cocino es un proceso y si lo cambiás la gente se da cuenta”, asegura sobre la alquimia que le permitió enamorar a una clientela ya fiel.

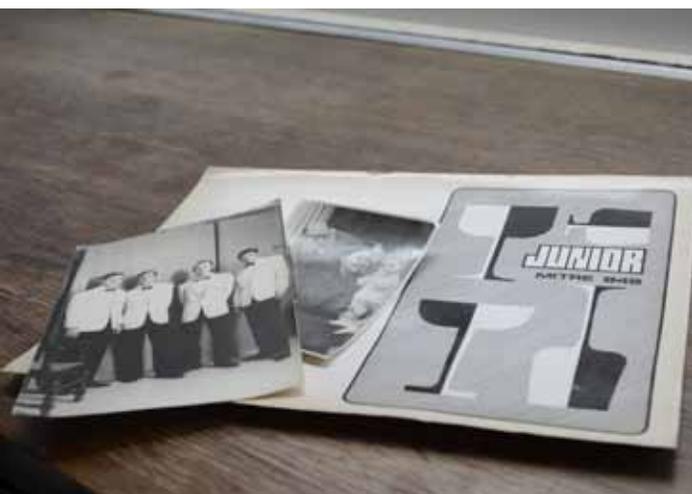
## Julio Menditeguy

A Junior y a Monreal lo separan apenas tres cuadras y media. La distancia justa para recuperar el apetito. Monreal está ubicado en la esquina de Entre Ríos y San Lorenzo. Es una propiedad montada con ladrillos y cemento, pero que bien podría ser intervenida por Marta Minujín con panes de miga, fetas de jamón crudo, huevos y salsa holandesa. Lo merecería su historia: en ese espacio se elaboran sándwiches desde 1937!

Mientras en el cine se exhibía *Los muchachos de antes* no usaban gomina, el paraguayo Arsenio Erico se cansaba de gritar goles y Roberto Ortiz era elegido presidente gracias al “fraude patriótico”, una ensalada de partidos políticos con pésimo sabor, en ese lugar los hermanos Pepe y Jorge Aguiló inauguraban una sandwichería donde, entre otras curiosidades, no había expendio de bebidas: un bebedero en la vereda permitía a los clientes digerir la comida.

La familia Monreal, que se dedicaba a la lechería, adquirió el local en 1960 para continuar con una tradición que, casi seis décadas más tarde, convierte a esta firma en una referencia gastronómica de la ciudad. “Al comprarlo, mi abuelo, mi padre y mi tío tratan de mantener las formas para hacer las cosas como las hacían los viejos Aguiló. Quedan varios empleados de la firma anterior, así que siguieron haciendo lo mismo”, reconstruye Fernando Monreal, quien conduce el negocio en sociedad con su primo Oscar.

El lugar conserva una barra con mármol blanco, algunas pocas mesas y 25 banquetas altas. Son las once de la





mañana y a la hora en que muchos mortales pensarían en un café con leche, dos ancianas ingresan en el local y piden un mixto de jamón crudo, palmito y roquefort. Como ya no es necesario retirarse del local para tomar agua en el bebedero las mujeres se dan el gusto de pedir una cerveza negra. Si así transitan la mañana no quiero imaginar cómo será la noche. Prefiero no averiguarlo.

Como en Junior, Monreal mantiene el nombre de los tradicionales sándwiches. “La mayoría son de la década

del 40. El Menditeguy, que es muy famoso, es de finales del 50. Es por Julio Menditeguy, que vivía en San Lorenzo entre Sarmiento y Mitre. Julio venía a la mañana a comer su sandwichito”, recuerda Fernando.

Algunos otros -Goñi, Pinasco, Conti, Enz, Lucía, Andrés o Pedrito- recuerdan a personas más o menos conocidas de aquellas épocas. Tener un homenaje así no es para cualquiera. Muchos juran ser destinatarios de honores que, en verdad, no les pertenecen. “Es así. Algunos se los atribuyen y no son para ellos”, se ríe Fernando.

“La idea del negocio siempre fue trabajar buena mercadería y no innovar. Al contrario de rubros como la ropa o la moda nosotros apostamos a seguir siendo simples y a vender siempre lo mismo. Si quieren algo artesanal, vienen acá. Y nosotros hacemos algo para saborear, no para llenarse”, aclara Fernando.

Hoy Monreal vende, en promedio, unos 20 panes de miga diarios, una cantidad que permite elaborar mil triples o dos mil cuatrocientos simples. Se compran entre 50 y 60 kilos de jamón y de queso por semana.

El sándwich que más se vende es el Pedrito, una combinación de lomo, queso y salsa holandesa que cautivó a la clientela más joven. “Vienen y te dicen: «El Pedrito mata». ¡Y pensar que hace veinte años no vendía uno!”, bromea Monreal. El Menditeguy, con su combinación de





pavita, salsa holandesa y queso gratinado, es un clásico que no pierde actualidad: como la buena música, siempre se mantiene entre los primeros del ranking.

En Monreal aseguran que la esencia para obtener un buen sándwich está, primero y antes que nada, en el pan. Después en la salsa y por último en los ingredientes. “Cuando el pan es malo al sándwich no lo podés salvar con nada”, concluyen. Juran que no hay misterios. Que ellos ofrecen un producto que es posible elaborar en cualquier lado. Basta probar un bocado de lo que hacen para desmentirlos: chicos, no intenten esto en sus casas. Nunca lograrán lo mismo.

### Triple de crudo con ajíes

Ya pasé por dos locales. La carga es cada vez más pesada. Pero el recorrido está elaborado estratégicamente. El último punto de la ruta es Gorostarzu, en la esquina de Italia y Catamarca. Hay que caminar ocho cuadras desde Monreal para llegar a la chopería que funciona desde 1928. Suficiente distancia para aligerar el peso.

En el local hay una balanza, sus sillas y su barra con

madera que recuerdan a otra época. En los espejos del local habla el pasado: las calcomanías adheridas publicitan el champagne Presidente, la manzanilla La Chispera o el vino Bergerac. En las paredes el café La Virginia se vende “siempre superior”.

El Vasco Gorostarzu inició el camino con un almacén de ramos generales. Luego se ubicó una mesa, comenzaron a ofrecer cerveza y se abrió el camino para los sándwiches. En los 60 el negocio pasó a manos de los propietarios de la chopería Santa Fe y desde 2002 está en poder de una sociedad que integra, entre otros, Jorge Sauan. Los nuevos dueños recibieron un estandarte que en diecisiete años nunca arriaron. “No quisimos cambiar ninguno de los productos por los cuales Gorostarzu se hizo famoso”, explican en el comercio.

Dentro de la oferta uno de los pilares, además de la cerveza tirada, es la sandwichería. Sauan tiene 37 años y cuando habla se le advierte pasión por la cocina. Destaca como un acierto haber conservado al personal que llevaba décadas trabajando allí y que ya conocía dos aspectos centrales del negocio: las técnicas para elaborar

la mercadería y los secretos para atender a la clientela.

“Cuando compramos mantuvimos a seis empleados de treinta o cuarenta años de antigüedad. Hubo un mozo que empezó a trabajar a los dieciocho años y se jubiló con nosotros. El sandwichero fue el que estuvo al lado de uno de los dueños de Gorostarzu durante cuarenta años. Eso permitió manejar el mismo linaje con la atención y en la sandwichería”, resume.

Los de miga que más se destacan son el de roquefort y jamón crudo o el triple de crudo con ajíes, que viene en tres capas. Completa el podio el de anchoa, huevo cortado en rebanada -nunca picado- y manteca, ideal para acompañar con una cerveza helada por la fuerza de su sabor. “Esos serían los tres pilares que tenemos en los de miga”, revela Sauan.

Entre los calientes destacan el carlito de pollo con un huevo frito elaborado como un omelette. “Huevo poncho”, en la jerga interna de la cocina. Hay otro sándwich que sale con tortilla. Sauan metió esa idea en la valija en uno de sus viajes a España, aunque la adaptó a su paladar: le sumó panceta, queso, lechuga y tomate. Todo envuelto en pan árabe. “Eso vuela”, se entusiasma al verlo en la carta.

Tomado de los carritos que circundan la cancha de Boca, en 2013 Gorostarzu incorporó el sándwich de bondiola. Pero también se le agregó un toque propio: queso y cebolla caramelizada con una pizca de azúcar y otra de mostaza.

La carta, su volcánica oferta de sabores, de ingredientes, de variedades, es un viaje directo al paraíso: me siento Adán frente a un cajón de manzanas. “Acá cobramos bien, pero no transamos con la calidad y la cantidad de mercadería. Y tenemos un sabor característico”, resume uno de los titulares de Gorostarzu.

Los clientes están advertidos: pueden salir de aquí con los bolsillos un poco más flacos, pero con el estómago lleno, el corazón contento y el paladar reclamando un pronto regreso. ¿Algo más para tener en cuenta? Nada, porque el colesterol es un problema de los médicos y no para andar discutiendo entre buenos comensales.

Regreso al automóvil. Enciendo el GPS y le pregunto a mi compañera de ruta cómo estuvieron sus tapas. Me ignora con elegancia: “En trescientos metros, gire a la izquierda”. Ni siquiera me tutea. Su voz suena fría, distante, protocolar. La culpa es mía: algo me dice que debí invitarla.





# El lado B de una ciudad

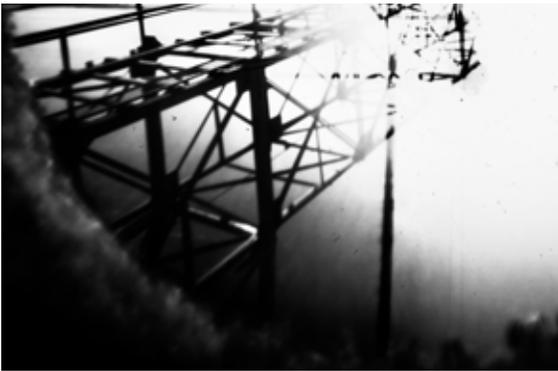
Por Kúmei Kirschmann (\*)

Quise retratar a nuestra ciudad con estas técnicas para poder verla desde otra perspectiva. Quise salirme de las típicas fotos que vemos en los flyers, tarjetones o diversas gacetillas de la Municipalidad. Quise ver a Rosario desde el lado B, desde su lado más misterioso y estrambótico, quise verla a través de una caja negra.

La fotografía estenopeica es una de las primeras técnicas utilizadas en el ámbito de la fotografía. No se necesitan equipos sofisticados ni lentes costosos, es más bien una actividad artesanal y bastante sencilla. Solo se necesita una caja oscura con un pequeño agujero llamado estenopo y un material fotosensible para capturar la imagen. Se pueden utilizar objetos mundanos como cajitas de fósforos, cajas más grandes, latas de gaseosa, energizante o cerveza, hasta grandes tarros de dulce de leche. Cada uno puede ser el artífice de su propia cámara, y así, de su propia foto. Me enamoré instantáneamente del proceso por su novedad, por su antigüedad, por su simpleza, por su complejidad, por su forma de armado y montaje, por la sorpresa, por el tiempo de espera, por la ansiedad y por ser tan poco predecible. Los resultados: imágenes con profundidad de campo infinita y bordes viñeteados, sujetos borrosos, muchas veces desenfocados, casi como si fueran espectros que pasan por ahí (y a veces, posan).

La solarigrafía es una variante de la fotografía estenopeica con tiempos de exposición muy largos: desde días, meses, hasta años. Esta técnica permite captar escenas en las que el sol y su trayectoria se convierten en prota-





gonistas. Durante estas exposiciones tan largas, el papel fotosensible colocado en el interior de la cámara va registrando cambios en la tonalidad de la emulsión a medida que recibe la luz, tanto de forma directa como por reflexión de otros elementos. Inicialmente blanca o amarillenta, en función del papel utilizado, aparece entonces una imagen con diferentes tonos rosas, ocreos o de otros colores.

El resultado: paisajes deformados que desdibujan los límites entre lo real y lo imaginario, sin retoques, sólo el tiempo. Pero el tiempo también es ficticio y real. Es algo que sabemos que existe pero que podemos redefinir como queramos. El tiempo es inaprensible. Sabemos que está ahí pero no nos podemos aferrar a él porque se mueve. En un mundo frenético lleno de instantáneas, me gusta creer en “la espera” como proceso creativo.

*(\*) Fotografía rosarina. Se dedica especialmente a la fotografía experimental. Estudió en el Iset XVIII y en la Escuela Municipal Manuel Musto, pero su formación en este tipo de fotografía se fue dando gracias a la curiosidad, experimentación y práctica propia. Desde ese momento se especializó en estos métodos para hacer imágenes y éstas han sido expuestas en varios países del mundo: Argentina, Portugal, España y Polonia. También comenzó a dictar cursos sobre estenopeica en Rosario para expandir este tipo de arte y volver a los orígenes de la fotografía creando resultados contemporáneos.*



PATRICIO PRON

# “La parte más interesante de mi vida son los libros que he escrito”

Se fue de Rosario con cuatro obras publicadas y en Europa logró construir una exitosa carrera literaria como narrador. Camaleónico y dúctil, huye de las repeticiones y asegura que lo que más teme es hacer un monumento de sí mismo. En un café cercano al Paraná, el reciente ganador del prestigioso premio Alfaguara se confesó ante **Barullo**

Por **Horacio Vargas**

Fotos: **Sebastián Vargas**

Patricio Pron nació el nueve de diciembre de 1975 en <sup>\*</sup>osario. Prefiere llamar así en sus libros al sitio natal porque aquí están o estarán los huesos de quienes lo precedieron, mezclados en una fosa común que es también la de una ciudad y de algunos proyectos truncos y otros felices. Un día dejó el barrio de Tablada y se instaló en Alemania. Su recorrido siguió en España, donde está actualmente. Este año ganó el Premio Alfaguara de Novela 2019, que incluyó un estímulo

monetario de importancia. Pocos meses después, volvió a <sup>\*</sup>osario a celebrar el premio con familiares y amigos, y cumplir con una agenda de prensa inagotable que lo obligó a dar decenas de entrevistas no sólo en la aldea sino también en otras ciudades argentinas y del sur del continente latinoamericano. Entre interminables viajes y presentaciones, Pron recuerda haber repetido como un latiguillo una respuesta a los periodistas que lo sobresaltaba: “Yo no he ganado el pre-





mío Alfaguara, lo ha ganado un libro que yo he escrito. Espero que el libro que ganó el premio sea mejor que yo mismo. Bueno, peor que yo mismo, no puede ser”.

**-Cuando el diario Rosario/12 cumplió 25 años, te pedí una nota a propósito de esa celebración. La devolución fue un texto donde recordabas la redacción del diario, a través de la mirada de un pibe de 16 años que llevaba sus primeros relatos con inten-**

**ción de ser publicados, el hijo de un apellido célebre del periodismo rosarino, el chico con voluntad de seguir escribiendo y no renunciar al derecho a ser otro. Relevo esa contratapa y con el paso de los años puedo resignificarla como un texto introductorio para los que recién comienzan a escribir -**  **cuento, café de por medio, una mañana en un bar con nombre francés, cerca del río Paraná.**

-Nunca he dado consejos y tampoco los he recibido francamente y no he tenido pretensión de poder considerar que mi carrera literaria tenga algún tipo de ejemplaridad. Esa fue mi entrada a un mundo, que además no fue particularmente afín a lo que yo hacía, pero también por esa razón me permitió aprender, a mejorar como escritor, desarrollar algunas habilidades. Yo no sé cómo los jóvenes se interesan hoy por el periodismo, no sé cómo llegan a las redacciones. Quizás llegan de otras formas, pero la forma que yo encontré fue esa. La última vez que estuve por aquí, un joven tesista de letras que estaba escribiendo sobre la historia de las revistas literarias en Rosario me preguntó acerca de este recorrido. Él tenía una visión completamente distorsionada de los años 90, tenía la visión de que en Rosario siempre habían estado pasando cosas. Pero si te acuerdas bien de aquel momento, 91, 92, era mucho más difícil, era mucho más precario, no había circuitos, no había revistas. En retrospectiva todo parece adquirir un sentido que no lo tenía, todo consistía mucho más en esfuerzos y la generosidad de gente como tú, y en cierto talento para aprovechar las pequeñas oportunidades que se me ofrecieron, pero en sustancia era un mundo dificultoso.

*“Tan pronto como llegué a Madrid en 2008 mi agente de aquel momento me dejó por teléfono, como dejan las novias, y fue un poco más allá diciéndome que no veía ningún interés por mi obra en España”.*

**-¿Qué representó el hecho de publicar por primera vez en un diario?**

-Yo creo que para cada persona la publicación es una experiencia distinta. Hay desde luego gente que consideraba a las contratapas de Rosario/ 12 como un lugar de enorme privilegio, que era lo más parecido que podían estar a una vida literaria plena, otras personas consideraban que era una herramienta para acceder a otros sitios y otras se veían cohibidas ante la responsabilidad que significa ser un escritor público y se retiraban de la actividad, repensaban sus mecanismos y sus estrategias para ser escritores. (Ricardo) Piglia dice una cosa muy bonita en sus Diarios acerca de la profunda emoción que sintió la primera vez que vio su nombre en la portada de un libro. Se dio cuenta tras el entusiasmo inicial que ahora venía la tarea más difícil, que consistía en que el próximo libro no fuese un libro más, que a partir de ese momento tienes la obligación de dar una vuelta de tuerca a lo que has hecho o que muestre una arista de la forma que ves el mundo que no hayas mostrado en los libros anteriores. Yo me siento mucho más afín a esa forma de ver la lite-

ratura. Por supuesto para mí en su momento publicar allí lo era todo y lo fue durante largo tiempo. Comenzar a publicar en un lugar como las contratapas de Rosario/12 significaba poder hacerlo lo suficientemente bien para que se abrieran otras puertas. Para mí la cuestión desde el primer momento era la responsabilidad que yo tenía para con los textos en primer lugar y después para con los lectores a los que no debía hacer perder el tiempo. Creo que esta es una de las constantes en mi trabajo. Obviamente la decisión de presentarme al premio Alfaguara estaba supeditada a la misma lógica: encontrar una caja de resonancia lo más grande posible para mis libros. Y había otra cuestión clave, muy importante para mí: la convicción de que yo iba a escribir libros, a pesar de que nunca nadie los publicase, y los iba a escribir y que por consiguiente era mejor que los publicasen a que permanecieran sin ser publicados, para lo cual era necesario formarme como escritor de la única forma que yo conozco que uno tiene para formarse, leyendo y escribiendo, mediante un sistema de ensayo y error, algo complejo y muy poco sistemático. Después lo que tenía que hacer era obviamente tratar de acceder a la profesionalización como escritor, que era la garantía para que yo pudiese seguir haciendo esto en el futuro.

**-Comenzás a colaborar en otros diarios, publicás cuatro libros (Formas de morir, Hombres infames, Nadadores muertos y La puta mierda), pero un día decidís irte. Elegís Alemania e ingresás a la Universidad Georg-August de Göttingen para estudiar filología románica, un viaje al pasado para estudiar diversas lenguas medievales.**

-Por entonces acababa de terminar la carrera en la Universidad. Podía permanecer en Rosario y llevar a cabo una carrera de periodista y de escritor con las herramientas que había adquirido, trabajando sobre la base que había construido con esos libros, pero quedaban muchísimas cosas por aprender. Tenía la impresión de que eso no lo iba a aprender en Rosario.

**-¿Es ahí cuando aparece la figura limitante de la aldea?**

-En realidad nunca me sentí particularmente asfixiado por la ciudad por considerar que el techo profesional es bajo. El techo profesional es tan alto como el que uno quiera ponerse a sí mismo. En cuanto a la sensación de aldea no lo sé, me fui a vivir a una ciudad como Göttingen donde la población es de 60 mil habitantes.

**-¿Sabías alemán?**

-Tenía una base muy modesta que mejoré allí en el primer año. Pero la motivación principal, además del deseo de continuar aprendiendo, es que yo no estaba muy contento con los libros que había escrito, eran libros que daban cuenta de mis intereses de lo que yo podía hacer en ese momento.

**-En este caso el problema no era la ciudad.**

-Nunca el problema es la ciudad, el problema es la rela-

ción de uno con ella. Al igual que los músicos de blues que presumen que sus escasas habilidades los llevan a encontrarse un día en un cruce de caminos con alguien que les enseña todo lo que les faltaba por aprender, tenía que marcharme para llegar al crossroads que me iba a llevar a convertirme en un escritor distinto al que yo era, alguien muy parecido al escritor que yo deseaba ser.

**-Volvamos al alemán.**

-Con el tiempo fui aprendiendo a escribir en alemán y a veces lo utilizo como una herramienta para desautomatizar lo que estoy escribiendo, o me siento muy atrapado en la forma que escribo de mi manera habitual, lo mismo en inglés. Yo pensaba: “Bueno ahí voy a aprender y si las cosas no salen bien para mí como escritor, naturalmente puedo dedicarme a una vida académica, trabajar en la Universidad”. Cuando terminé el doctorado, me hubiese quedado en Alemania a no ser porque mi mujer española de aquel entonces, que había hecho el doctorado conmigo, no quería vivir más en Alemania, de manera que decidió irse a España y yo la acompañé. Y fue en España donde comenzó lo que yo llamaría mi segunda vida de escritor o mi tercera vida producto del azar. Cuando tenía estos inconvenientes para definir una carrera literaria también pensaba en Søren Kierkegaard, un filósofo danés del siglo XIX: “La vida solo puede ser comprendida mirando hacia atrás, pero ha de ser vivida mirando hacia adelante”.

**-Lo que puede parecer a cierta distancia como una especie de carrera organizada con pasos más o menos lógicos: los comienzos en Rosario, la especialización en Alemania, la marcha a España, que es en algún sentido la industria donde están asentadas las editoriales más potentes en español.**

-Todo esto puede parecer un plan maestro, pero en realidad es la suma de un montón de incidentes, de coincidencias, de decisiones que no fueron mías, como la de mi mujer de aquel momento, pero fue así que conocí poco después a la que es actualmente mi esposa y es esa la razón por la cual sigo viviendo en España. Siempre pienso en el hecho de que estas decisiones, que yo no tomé, son las mejores porque no están condicionadas por mis prejuicios o por mis inseguridades o mi torpeza a la hora de tomar decisiones. Tan pronto como llegué a Madrid en 2008, mi agente de aquel momento me dejó por teléfono, como dejan las novias, y fue un poco más allá diciéndome que no veía ningún interés por mi obra en España. Fue un momento tan duro, un momento en el cual yo estuve tratando de averiguar si había algún premio literario en español que no estuviese dado de antemano, que tuviese una reputación de ser relativamente limpio. Y me recomendaron dos premios: uno fue finalista y el otro obtuvo el primer premio Jaén y ahí comenzó mi relación con Penguin Random House, que en ese momento era Literatura Mondadori, y también la profesionalización para mí como

escritor, que de otra forma no se hubiese producido.

**-Tu libro *El espíritu de mis padres sigue subiendo en la lluvia* (Mondadori, 2011), tiene una entrada que quiero saber si es literal. Dice: “El consumo de ciertas drogas hizo que perdiera casi por completo el habla”.**

*“Saer nos obliga a replantearnos todo lo que creemos que Saer es, eso es muy valioso, es una forma de estar vivo intelectual y emocionalmente, que es lo que uno espera de un escritor y de uno mismo”.*

-Yo mezclé durante muchos años pastillas con alcohol y me produjo muchos inconvenientes. “La jarra loca” es muy tremenda y me debilitó mucho la capacidad de recordar cosas. De hecho hay un fenómeno que producen las pastillas que se llama amnesia anterógrada que se extiende al período previo a la ingesta de pastillas. Por esa razón tengo algunos problemas para acordarme de gente con la que fui a la Universidad en Rosario. De los años en Alemania tengo un recuerdo importante, pero al que no le otorgo mucha credibilidad porque puede ser producto también de esa especie de ensoñación farmacológica en la que yo vivía.

**-¿Por qué ese estado?**

-Sencillamente porque no podía vivir con los recuerdos que tenía, no podía... Yo creo que la marcha de Argentina, la distancia, la separación de la que constituía la totalidad de mi vida, porque lógicamente aquí estaban mis amigos, mis padres y todo lo demás, se parecía mucho a la experiencia de desposesión total que, al menos como amenaza, estaba presente en la vida de mi familia debido a la actividad política de mis padres. Ellos fueron muy afortunados, sobrevivieron, pero hubo mucha gente que lo ha pasado mucho peor y desde luego no pienso ponerme ninguna medalla al respecto. El caso es que efectivamente ahí se concretó en algún sentido la amenaza latente de la desaparición... Una de las cosas más bonitas que dice mi psiquiatra es que “no importa que las causas sean imaginarias si es que los efectos son reales”. Incluso aunque mi marcha no hubiese tenido una motivación política y la desaparición mía de Rosario no era política ni económica, su instancia era un proceso de desaparición y de reconstrucción que también suponía trazar balances muy difíciles para mí. Y las pastillas en alcohol ayudaron en aquel tiempo y no me arrepiento de haberlas consumido. Tendría que haber sido más cuidadoso.

**-Como decías, estabas escribiendo el libro de tus padres.**

-Para mí la parte más interesante de mi vida son los li-

bros que he escrito, entonces esos libros en algún sentido excluyen los aspectos personales.

**-Te recuerdo que es un libro sobre la memoria.**

-Sí, precisamente porque el tema era acerca de acontecimientos que habían tenido lugar en la vida de mi familia, y como mi propia memoria era fragmentaria y parcial, quería contarme a mí mismo cómo había sido la historia. El libro no era fragmentario y contradictorio por capricho literario sino meramente porque no podía contarlos mejor. También tenía la expectativa de que si yo contaba la historia mal otras personas podrían corregir mi versión. Eso fue lo que pasó, afortunadamente, con la carta que mi padre Chacho escribió, que es prácticamente una lectura comentada del libro, pero también con otras cartas que recibí de lectores vinculados con el Frente Estudiantil Nacional y Guardia de Hierro donde militaron mis padres o sencillamente con gente que había tenido una relación, un poco incidental, con alguno de los protagonistas de la historia. Mi libro era un intento personal de cerrar una historia. Pero la evidencia, lo que se ponía de manifiesto durante la escritura del libro o cuando hablaba de él en diferentes países en que fue traducido, es que no se cerraba nunca y no está mal que no se cierre nunca.

**-A tus 35 años llegan otros premios, el Juan Rulfo de Relato, las traducciones a más de media docena de idiomas, la revista inglesa Granta te elige como uno de los veintidós mejores escritores jóvenes en español...**

-Hay hitos públicos que no son necesariamente los hitos privados, desde luego fue una cosa muy importante para

de hacer este trabajo consistía en perder el control, dejar de ser, de tenerlo todo más o menos atado para someterse al capricho de otros, a la capacidad de selección de otros. Y fue enriquecedor, fue aleccionador, fue una experiencia ligeramente traumática también en el sentido de que a nadie le gusta que hagan con lo que considera más valioso, que es su nombre, otras cosas, pero también fue muy útil como experiencia fundadora de una forma de recibir las relaciones entre lo que yo escribo y lo que se dice que yo escribo o entre lo que yo soy y lo que se dice que yo soy.

-En la revista digital Otra Parte, que dirige el escritor Marcelo Cohen, señalaron que sos un “hervidero de habilidades” que corta, copia, mezcla, imagina, ensaya, tantea, apela a digresiones, paréntesis sucesivos que introducen aclaraciones de aclaraciones... ¿Hay un estilo Pron?

-Parece que sí, pero no soy yo el más autorizado a decirlo. Desde el primer momento creo haber comprendido que la escritura de los libros resulta una actividad tan monótona, en algún sentido, como estar en mi casa tratando de que los gatos no se maten, que las cosas más o menos funcionen. Mientras tanto sigo con una actividad que vengo haciendo desde hace más de veinticinco años. La forma de que este ejercicio siga siendo interesante y motivador consiste en escribir prácticamente en contra de lo que yo he escrito y ese, sí lo quieres pensar así, es el hilo rojo que atraviesa todos mis últimos libros. El comienzo de la primavera es celebrado como una novela filosófica en la que se plantean los grandes temas del siglo veinte, El mundo sin las personas que lo afean y lo arruinan es un libro que pretende poner en ridículo

*“La única forma que uno tiene para formarse es leyendo y escribiendo”.*

mucha gente porque la revista es muy importante, crea canon pero para mí lo relevante tuvo lugar cuando tras la publicación de mi primer libro en España mi editora me pidió prácticamente de inmediato un segundo libro, que le encantó, me dijo que teníamos que tener una relación de editor y de autor, y eso fue para mí mucho más relevante que el hito de Granta, cuya lista por otra parte no es mi propia lista. Esos criterios de selección dependen mucho de las circunstancias.

**-Toda selección es injusta.**

-Sí, por supuesto, además está mediada por aspectos que escapan del todo a la voluntad de quienes participan de esas listas. Me parece que lo que se produjo fue una especie de escisión. Uno como autor pretende tener un control de lo que hace, firma los libros que escribe, se atribuye la autoridad sobre ellos. Pero lo que descubre si las cosas le van bien y publica libros es que llegado cierto punto pierde por completo el control. Con lo de Granta yo me di cuenta de que parte

lo a su autor y a sus personajes. A continuación se publica El espíritu de mis padres sigue subiendo en la lluvia y se espera de mí que yo continúe el relato autobiográfico y lo que hago es escribir un libro de relatos que transcurre en un sitio en el que nunca he estado, con situaciones de las que tan sólo sé por la mediación de otra persona.

**-Según las malas lenguas, tu libro de cuentos Lo que está y no se usa nos fulminará es tu mejor trabajo.**

-Alguna gente dice eso, no son malas lenguas, todos pueden escoger el libro que quieran. Se dice que tengo muy buenos narradores, muy potentes, muy reconocibles y lo siguiente que se dice es que no tengo narrador, o sea, siempre estoy como operando contra mí mismo. Si hay algo parecido a un estilo Pron es el resultado de lo que queda después de toda la criba que yo llevo a cabo, un ejercicio de retracción, reducción y eliminación de todo aquello que puede llegar a convertirme en lo que más temo: un monumento de mí mis-

mo. Todo escritor corre en algún momento el peligro de que resulte para él muy claro lo que tiene que escribir y para sus lectores muy claro qué es lo que van a leer en sus libros. Eso me parece la desactivación total del escritor.

**-En tu escritura están las influencias de Piglia, Juan José Saer y César Aira. Son tres autores argentinos que están bien arriba para ti, ¿no?**

-Sí, sí. Parte del trabajo de mi generación es conformar una síntesis con esas estéticas tan opuestas. La misma forma en que Piglia resolvía el problema de qué hacer con las estéticas contradictorias de Borges y de Arlt, o cómo reconciliar los aspectos contradictorios de las obras de Aira, Piglia y Saer. Piglia y Saer son más afines; Aira sería el que rompe el esquema, creo que hay entre Aira y Piglia muchas características comunes. Pero el caso es que tienen muchas más semejanzas de lo que creían. Son tres autores que de una forma o de otra han estado tratando de negar algunos aspectos de lo que han hecho. Aira, por ejemplo, que tiene un dispositivo, también en algún momento ha renegado de él. Cuando creemos que ya sabemos qué es lo que escribe Piglia, en los Diarios hace una voltereta genial. Saer con La mayor y, sobre todo, con los ensayos se replantea todo y nos obliga a replantearnos todo lo que creemos que Saer es. Eso es muy valioso, es una forma de estar vivo intelectual y emocionalmente, que es lo que uno espera de un escritor y de uno mismo.

**-Me gustó mucho una definición que le diste a Sebastián Riestra para el suplemento Cultura y Libros de La Capital: “Un escritor es su lengua”. Dijiste además que te considerarás parte de la lista de autores que escriben literatura argentina por fuera de las fronteras nacionales.**

-Lo de la lengua es un tema interesante porque todo escritor argentino se lo plantea en algún momento. Yo escribo literatura argentina aunque no vivo en el país. Eso es bastante evidente. Así como Saer lo resolvió creando una comunidad lingüística y bastante imaginaria, su literatura está basada en un ejercicio de memoria y como toda memoria puede estar sumergida a las distorsiones del tiempo. Otros escritores hacemos otras cosas, como acoger todas las influencias que nos merodean y hacer con eso algo.

**-¿Cuál es tu opinión de la no ficción?**

-En cuanto a la crónica, que a esta altura sería como sinónimo de la no ficción, al menos en Argentina, hay buenos cronistas. Me preocupa ligeramente lo que David Shields llamó “el hambre de realidad”, que opera no solo en la literatura sino en todos los productos culturales. La necesidad y exigencia de que lo que escribas esté basado en hechos reales supone una idea del mundo como sitio que puede ser transformado mediante la voluntad política. Hay algo derrotista en esta demanda de historias que cuenten la realidad y no se propongan cambiarla. Hay una fetichización de las formas

## Premio ALFAGUARA de novela 2019



en todos los géneros que a mí me preocupa. Por otro lado, hay pocos españoles que estén escribiendo crónicas al hilo del auge de la crónica latinoamericana.

**-Haber obtenido el prestigioso premio Alfaguara por tu novela Mañana tendremos otros nombres fue una noticia impactante en Rosario. Los medios locales saludaron al hijo pródigo de la ciudad...**

-(Se ríe) Quien yo era por entonces consideraría que se ha hecho justicia. Yo ya no tengo 16 años, lo que a mí me honra y me alegra mucho es que unas alegrías privadas y personales como estas sean también las alegrías de mis amigos, de la gente que me ha formado. Y también es un sitio que nunca he abandonado del todo, hay aspectos que tienen que ver con la forma en que yo veo el mundo que están relacionados con este lugar, hubiese sido doloroso que Rosario no se atribuyese parte del mérito.

**-Podría parafrasear a Fito Páez y preguntarte: ¿Rosario sigue estando cerca para vos?**

- Sí. Creo que todas las personas que crecimos en un lugar que ha sido relevante para nosotros tenemos con ese lugar una relación compleja, y porque es compleja es interesante. Aunque estuve cinco años sin venir aquí, nunca me siento un extranjero. Esta constatación de que la ciudad es la misma y es distinta, y yo soy el mismo pero soy distinto es enriquecedora. Si tuviera que trazar un mapa de Rosario sería un mapa completamente atrabiliario con lugares que posiblemente no signifiquen nada para muchas personas excepto para mí mismo, pero es mi mapa. Y por ser mío me acompaña donde yo quiera ir.

# El rescate de un cronista rural

Facundo Marull (1915-94) es uno de los más recientes descubrimientos de la literatura rosarina. En el texto que aquí se publica, que apareció originalmente en la revista *Status*, la heterodoxa mirada de “Faqui” se vuelca sobre el paisaje del campo argentino

Por **Julián Berenguel**

Hay obras que reposan en rincones esquivos a la espera de ser descubiertas, como un vino añejo olvidado al fondo de la bodega. A veces estos hallazgos son fruto de la casualidad; otras, de alguna voluntad mediadora. Este último es el caso de Facundo Marull (1915-1994), escritor fundamental para pensar la historia de la literatura santafesina. En los últimos años, sus poemas y cuentos policiales fueron releídos y reeditados gracias al trabajo de periodistas, escritores e investigadores varios. Nacido en Carcarañá, Marull reside en la ciudad de Rosario desde su juventud, en donde inicia su trayectoria artística como escritor y pintor. También participa activamente en el Partido Comunista como militante político. En 1950 es premiado como cuentista policial por Borges y Bioy Casares y en 1953 Walsh lo publica en *Diez cuentos policiales argentinos*. Con un estilo singular, Marull resulta una de las voces más originales de la época: sus narraciones combinan escenarios criollos, un humor picaresco y giros verbales propios del lenguaje callejero. Entre sus obras inéditas y perdidas, se cuentan las novelas *Todas las salidas cerradas* o *Todos los boliches cerrados* y *El montacargas* (finalista del Premio Planeta en 1965); el libro de poesía *Sólidos* y, por último, los libros de cuentos *Los barbudos* y otras

historias horribles, *Los muchachos* de antes, *Las mujeres tiran a matar* y *Tres cuentos policiales*.

En la tapa del N° 41 de la revista erótica *Status*, de febrero de 1981, se podía leer: “Redescubrimos a un cuentista policial conocido-desconocido: Facundo Marull, discípulo de Walsh y narrador de historias policiales divertidísimas”. *Status* se imprimía desde 1976, fundada por el escritor y periodista –también santafesino– Miguel Brascó, quien se desempeñó como director editorial de la publicación. Entre 1981 y 1982, Marull da a conocer en sus páginas *El caballo del comisario*, *Demasiado tarde*, *señor asesino*, *Señora*, *sea buena* y *El hombre que yo maté*, todos relatos policiales acompañados por sus correspondientes ilustraciones. Junto a *Una bala para Riquelme*, el cuento premiado en 1950, estas narraciones conforman el libro *Cuentos policiales*, compilado por su hijo Joaquín Marull y editado en 2014 por Dunken con un prólogo de Eduardo D’Anna. En una bolsa plástica de color blanco que tiene escrito con fibrón “Originales Facundo Marull”, Joaquín atesora los ejemplares de *Status* en donde estos cuentos vieron la luz por primera vez.

El rescate de *Los toritos* se han puesto amanerados significa un acercamiento a la escritura periodística de Facundo Marull, quizás una de sus facetas

menos exploradas hasta ahora. La nota en cuestión apareció entre las páginas 50 y 53 del N° 59 de *Status*, en septiembre de 1982. Fue su única crónica en la revista. Enviado a cubrir una subasta de ganado en Junín a fines del invierno, un Marull de 67 años viaja en micro y observa la ruta a medida que avanza por el camino. Lo secunda el joven fotógrafo Ramón Puga Larea, encargado de las imágenes que se reprodujeron junto al texto. La de Marull es la prosa de alguien que conoce y entiende la vida en el campo y el mundo rural. Un tono nostálgico recorre toda la crónica. La experiencia agraria lo retrotrae a su infancia en Carcarañá: “Afuera, el vehículo que nos conducía atravesaba un desfile incesante de llanura igual y sin alternativas para la contemplación nostálgica de quien, como yo, desde su niñez (distante) no ha colocado sus pies en suelo pampeano”.

Atrás del texto hay una historia. Según relata su hijo, Marull le confió que la nota quedó inconclusa por una discusión de índole económica con el editor. Al parecer, después del percance se retiró sin terminar de escribir. Joaquín cree que otro periodista culminó el trabajo. Si se lee con atención, la frase final pareciera quedar trunca, como si faltaran palabras para completar la idea que cierra el artículo. Esta fue su última colaboración para *Status*.

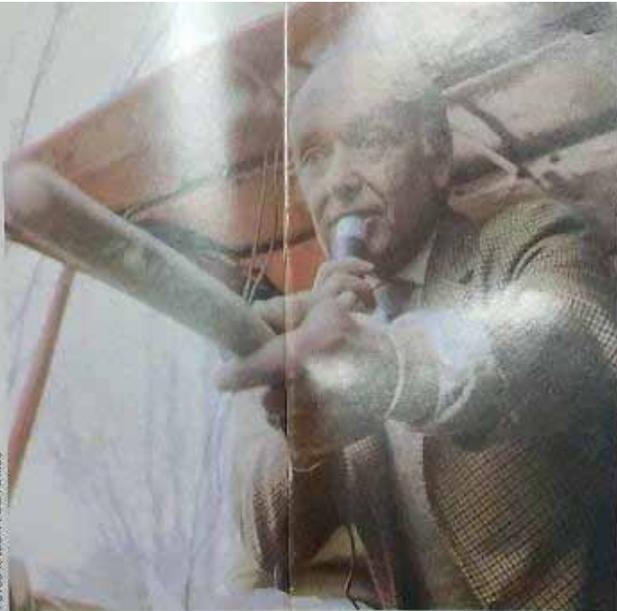
Subastas pecuarias

# Los toritos se han puesto amanerados

FACUNDO MARULL



FOTOS RAMÓN FUJITA, LAREO



En la villa provincial de Junín, población perdida en las instancias más payucas de las pampas, los ganaderos visten tweed y en vez de asado comen brochetas de chorizos y mejunjes diversos.



**E**l destino puede ser atroz y depararnos diversas aflicciones. Como, por ejemplo, hormigas que nos devoren las begonias, psicoanalistas que nos aguachenten el alma, un hijo rarito para amparo de nuestra vejez. El destino puede colocarnos una mosca en la sopa, una carie en la muela, una rubia en el medio del camino o quién sabe qué abominable tribulación extraída de la lista que urde el demonio en sus ratos de ocio, que son muchos. Una de ellas créame, es haber mantenido el recuerdo de algunas tradiciones y al cabo de los años verificar que sólo se mantuvieron tal cual y aún se embellecieron, en el hermetismo de la propia memoria. Como los remates de hacienda, por ejemplo.

Eso le venía contando al chasirete que el destino me deparó como com-

pañero de viaje hacia Junín, sede de transacciones pecuarias y objetivo para asistir a una subasta de ganado. Afuera, el vehículo que nos conducía atravesaba un desierto incesante de llanura igual y sin alternativas para la contemplación nostálgica de quien, como yo, desde su niñez (distante) no ha colocado sus pies en suelo pampeano, ni huele el abrojo, ni la paja brava, ni la bosta de vaca. Cuando terminé el relato de mis memorias, el fotógrafo volvió a la lectura del diario donde encontré, como cada día, la crónica de los desastres naturales y de los provocados por los tecnócratas y otra gente responsable, de las oscilaciones monetarias y del gran gol de la semana, todos parecidos para quien vive contra la corriente.

Fatalmente, la monotonía del paisaje y de la lectura es interrumpida por el arribo del vehículo que inesperadamente ingresó en una expla-

## LOS TORITOS SE HAN PUESTO AMANERADOS

Por Facundo Marull

*El destino puede ser atroz y depararnos diversas aflicciones. Como, por ejemplo, hormigas que nos devoren las begonias, psicoanalistas que nos aguachenten el alma, un hijo rarito para amparo de nuestra vejez. El destino puede colocarnos una mosca en la sopa, una carie en la muela, una rubia en el medio del camino o quién sabe qué abominable tribulación extraída de la lista que urde el demonio en sus ratos de ocio, que son muchos. Una de ellas créame, es haber mantenido el recuerdo de algunas tradiciones y al cabo de los años verificar que sólo se mantuvieron tal cual y aún se embellecieron, en el hermetismo de la propia memoria. Como los remates de hacienda, por ejemplo. Eso le venía contando al chasirete que el destino me deparó como compañero de viaje hacia Junín, sede de transac-*

*cciones pecuarias y objetivo para asistir a una subasta de ganado. Afuera, el vehículo que nos conducía atravesaba un desierto incesante de llanura igual y sin alternativas para la contemplación nostálgica de quien, como yo, desde su niñez (distante) no ha colocado sus pies en suelo pampeano, ni huele el abrojo, ni la paja brava, ni la bosta de vaca. Cuando terminé el relato de mis memorias, el fotógrafo volvió a la lectura del diario donde encontré, como cada día, la crónica de los desastres naturales y de los provocados por los tecnócratas y otra gente responsable, de las oscilaciones monetarias y del gran gol de la semana, todos parecidos para quien vive contra la corriente. Fatalmente, la monotonía del paisaje y de la lectura es interrumpida por el arribo del vehículo que inesperadamente ingresó en una expla-*

nada donde estacionó para que sus extraños pasajeros cumplan con los habituales ritos, el segundo de los cuales es ingerir café con leche y croissants salados. Si uno es curioso y se pasea en el amplio local, averiguará que se halla en Tres Sargentos, porque un texto pintado en la pulcra superficie mural le informa que aquellos sorprendieron y redujeron un vivac de chape-tones en las vecindades del lugar. Lo que no se menciona, es el fin de esos bravos que fueron fusilados por comprometerse en trapiondas diversas. Una vez complacidos los requerimientos menores, el ómnibus reemprende su marcha porque el camino continúa y usted también. Nada cambia, sin embargo, salvo las emocionantes curvas de la ruta. Y se llega a Junín sin otras preocupaciones que no fueren echarse un trago al garguero para mitigar las inclemencias invernales. Una vez desembarcado en la estación, uno aventura su mirada circunspecta y propicia a los lugares desconocidos y la memoria extrae el recuerdo arrugado de los boliches del pasado, solitarios, de paredes sin revoque, propicio a las confidencias, a los cuentos mentirosos, al truco y al vino rosado de las bordalesas. Pero todo ha sido borrado por el olvido y la pausa copetinesca es cumplida en la invariable pizzería al paso, exenta de olor local. Otro homenaje al presente, supongo. Mientras caminamos al lugar señalado para el remate, las reminiscencias ceden bruscamente ante la evidente presencia del progreso: van pasando camiones —jau-la, sustitutos de la penosa labor del resero. Estos transportan el ganado por rutas pavimentadas, despreocupados de los pronósticos del tiempo, de los caprichos individualistas de las reses o de desagradables encuentros con cuatreros. Ahora los animales llegan puntualmente a las instalaciones correspondientes y son clasificados y distribuidos según su empleo o destino. Todo documentado, certificado y bajo registro. Nadie necesita meterse en el barro porque parece que éste no existiera. La previsión y el orden se manifiestan en cualquier dirección.

Si usted está bien orientado, enseguida dará con el comedor dispuesto para trescientas personas. Más allá encontrará la parrilla y a los asistentes friolentos próximos al fuego. Justamente en ese punto perdí al fotógrafo y encontré al asador, personaje impostergable en estos encuentros, tradicional y siempre halagado por quienes pretenden conseguir la dádiva de algún trozo de vacío, de un pedazo de matambre, de un cachito de riñón, de un filete de molleja. El fulano recorría el perímetro de la parrilla hurgando el fuego, volviendo un cuarto de pollo del lado conveniente para mantener el chimichurri sin caerse (¡Oh, Dios!) o girando una brochette de chorizos y quién sabe qué sofisticación. Siempre inclinado, evasivo y difícil de abordar. Pero se descuidó y lo intercepté con ánimo interrogatorio. No, no sabía nada qué rumbo había tomado mi cómplice: —“Se hizo humo” — fue su comentario pero no pasó de ahí. Considerando la poca locuacidad del asador (nada comparable —según me contaron— a la del maestro Ricardo Reynoso), me aparté hacia sus auxiliares en demanda de información. Ellos opusieron sus

dudas acerca de que los fotógrafos se convirtieran en humo, destaparon al gaucho florido que confeccionaba el asado con la aclaración de que era el turco Ale. En realidad, luego me enteré, es un libanés a quien por cetrino de cejas oscuras y por esa tendencia a simplificar la geografía del Medio Oriente que tienen los vernáculos, todo el mundo le dice El Turco Ale. También me deschavaron que entre ellos no se contaban adictos al mate. Decepcionante. Cuatro lustros en la Banda Oriental, preferido e incuestionable en los asados amistosos por el manejo académico de su esmerada confección, matizada con vino o mate, según la hora, para encontrar a un alógeno usurpando la honrosa función. Al fotógrafo lo recuperé en el transcurso del asado informal, al cual llegó con evidentes muestras, en su vestimenta, de haber recorrido el potrero y los corrales tras las huellas del pasado, borrosas e irre recuperables, en la que se deslíen las figuras de los antiguos ganaderos, jineteadores de breeches y botas crujientes, sentenciosos, conversadores y advertidos, antecesores de los actuales hacendados prolijos que visten tweed o camperas de gamuza, conducen automóviles brillantes y disponen de múltiples recursos para hacer de cada toro, un ejemplar de muestra. Finalizada la ceremonia gastronómica, buen número de comensales se aproxima a los rediles por donde aparecen los apartadores, quienes aún conservan la apariencia de sus antecesores más proba y menos jactanciosa: no hay blusas corraleras ni bombachas bordadas, ni facones con cabos de plata, ni estribos o freno del mismo metal. Pero sí entre ellos figura un panameño de poncho rojo y chambergo negro que lo hermana con los gauchos salteños. Y un paisano que usa una rastra o tirador de suela adornado con patacones. Interrogado, declara que perteneció a su abuelo quien debió aclararle que aquello que él llama medallas, fue la moneda corriente de otros tiempos. Las operaciones son rápidas: cada uno sabe lo que quiere y no se demora demasiado. Entra un toro Polled Heresford puro, de pedigrée, macho de pelo en pecho. Mira de frente a la concurrencia, seguro de sí mismo, consciente de su estirpe impoluta. Que a la vez es observado por quienes albergan el propósito de confiarle una faena correspondiente al mejor aspecto de sus condiciones. En su presencia, el martillero Paz lo propone con todos los honores y ambos, él y el toro, esperan la primera oferta. Cuando ésta se produce, el animal es eclipsado mientras sigue la pugna. Otros jinetes introducen en su lugar a un quinteto de Aberdeen Angus machos, puros de raza pero menos orgullosos. Tan poco les importa su dinastía que uno de ellos intenta someter al otro a los reclamos de una pasión indómita. Los apartan y el desprejuiciado intenta con el que tiene ahora a mano. En algún lugar veo la imagen escultórica de un resero emponchado, jinete en un caballo que baja la cabeza hacia el suelo porque a ambos les cae en torrentes de lluvia.

ALFREDO LOVELL

# La hormiga inteligente

Su ciclópea tarea en la Biblioteca Argentina, a donde lo llevó el mismísimo Juan Álvarez, ha adquirido visos de leyenda. Su nieta Victoria lo recuerda como un enamorado de la cultura. Y jamás le perdonó a Borges que no devolviera un libro



Por **Carina Toso**

Nunca le perdonó a Jorge Luis Borges que en una de sus visitas a la Biblioteca Argentina de Rosario omitiera devolver un libro que se llevó. Ese acto era inconcebible, fuera Borges o un joven estudiante. Así era Alfredo Lovell. Estricto, firme en sus ideales y, ante todo, extremadamente fiel a ese reservorio de cultura organizado en ficheros y estanterías por el que caminaba todos los días abrazando el placer de la lectura, disfrutando el aroma de cada página. Lovell fue el primer bibliotecario que contrató Juan Álvarez, fundador de la Biblioteca Argentina. Su tarea empezó el 1º de abril de 1911 y terminó el 2 de enero de 1947. Durante treinta y seis años fue dejando su huella estampada en muchos de los rincones del colosal edificio del centro rosarino. “La hormiga inteligente” lo llamó el propio Álvarez durante su discurso por el vigésimo quinto aniversario de la biblioteca, en el que le dedicó un afectuoso reconocimiento: “De todos nosotros, únicamente Alfredo Lovell tuvo la suerte de poder persistir hasta hoy en

defensa de lo que con tanto amor habíamos querido crear los restantes. Y es de justicia estricta reconocer que lo ha hecho con esa tenacidad incontrastable del hombre que se encariña con una idea, se identifica con ella y la escuda contra todos y contra todo”.

En los ficheros originales, que catalogan miles de libros, siguen estampadas su letra y dedicación. Todos quienes circulan por ese espacio se terminan encontrando con él, antes o después. Con sus pasos, con su orden, con sus historias. Y esto es posible además porque Alfredo Lovell destinó mucho de su tiempo a registrar en dos volúmenes el día a día de la biblioteca. Los llamó Historia de la Biblioteca Argentina, desde 1911 hasta 1947. Los escribió a máquina y realizó cuatro copias. Dos de ellas están en la biblioteca y otra la tiene su nieta, Victoria Lovell, poeta y a quien el destino la llevó de un lado a otro, hasta que un día la acercó al edificio del pasaje Álvarez para dictar sus talleres.

“Cuando mi abuelo llegó al país ni siquiera existía en Argentina la carrera de bibliotecología. Era una persona muy reservada, por eso me fui enterando tiempo después

sobre lo que hizo, a través de otra gente que lo conoció por fuera de la familia. Sobre todo cuando comencé a trabajar en la biblioteca fue donde me conecté realmente con él”, cuenta Victoria. De inmediato, continúa recordando: “Un solitario, ateo gracias a Dios, como se acostumbraba decir en la familia, antifranquista, sarcástico, malhumorado y distante de la burguesía rosarina. Mi abuelo tenía muy arraigado el concepto de la cultura para todos, por eso también ideó esa disposición de servir un té a las cinco de la tarde en la sala de lectura para estudiantes y obreros”.

## Siempre entre libros

La vida de este andaluz transcurría de una biblioteca a otra. Muchas horas del día las pasaba en su trabajo y cuando volvía a su casa se encerraba en su biblioteca personal. Cambiar ese ritual lo ponía de mal humor. En la planta alta de su casa del barrio Saladillo tenía casi una réplica de su espacio de trabajo: estanterías repletas de libros minuciosamente organizados con un fichero. También tenía su propia hemeroteca, con artículos relevantes sobre sucesos históricos marcados y destacados. Muchos de sus libros eran sobre política y otros acerca de ideales con los que no congeniaba, pero su posición era que tenía que conocer muy bien aquello a lo que se oponía.

“Siempre me gustó mucho el personaje de Lovell, es fundamental y también poco recordado. Por lo que se ve en los archivos tenía un perfil bastante reservado pero fue una figura clave. Tomó muchas decisiones, organizó técnicamente todo el material en una época en la que no había bibliotecarios en Rosario, ni siquiera existía la carrera”, cuenta Valeria Príncipe, historiadora y responsable del archivo institucional de la Biblioteca Argentina. Está haciendo su tesis de doctorado con la historia de la biblioteca y son los registros artesanales del bibliotecario los que le aportan muchos de los datos necesarios para su investigación.

Por ejemplo, una de las cosas que narró Lovell fue cómo, en épocas en que el pago de sueldos se retrasaba, él mismo le adelantaba el pago a uno de sus colaboradores, que ocupaba el puesto de ordenanza. Hacía sus propias estadísticas sobre los lectores, cuántas mujeres, cuántos hombres y libros que se leían. Están también adosados los planos originales del arquitecto Ramón Araya. Aunque nunca se logró terminar la obra como estaba planteada, se pensó un edificio para albergar cincuenta mil libros. Encontraba siempre un espacio para curiosidades y anécdotas como esta: “A fines de 1928 pude observar que un señor corpulento, de unos sesenta años de edad, se pasaba horas escribiendo cartas. Tratábase de un periodista, según confesión propia. Una agraciada y joven

señora profesora se presentó en la Secretaría y me rogó que la acompañara hasta su casa, pues el tal galán la perseguía y la estaba esperando en la plazoleta. Pude comprobar lo manifestado por la dama, a quién acompañé y dejé tranquila en su hogar. Comprendiendo que el cacumen de este señor estaba alterado y para evitar sucesivas molestias, se le prohibió la entrada a la biblioteca”.

## Visiones del pasado

“Trasladémonos al año 1912”, propone Lovell en uno de sus relatos y abre la puerta para soñar y recorrer la biblioteca desde su entrada principal hacia el salón de lectura.

“A nuestra vista y antes de entrar se nos presenta el portón del enrejado alumbrado con dos poderosos arcos voltaicos y debajo de ambos, en cada una de las columnas, una chapa de bronce con el horario diurno y otra con el nocturno. Frente a la plazoleta el jardín que conduce al vestíbulo, con un plafonier de cuatro luces en el pórtico. A la izquierda del jardín y en su parte delantera una Venus Genitrix y a la derecha y más hacia el fondo la Bacante y Satiro Joven. Ambas, entre palmeras, arbustos, rosales, jazmines y césped”, describe y hace que el lector flote entre esos aromas y que recuerde aquello que nunca vio.

“Entramos en el amplio vestíbulo alumbrado por una hermosa araña de seis luces y dos focos de luz eléctrica y gas. Están adornados sus muros con el plano de la biblioteca proyectado por el ingeniero Araya, por cuadros y por mapas. Dos ricas alfombras de Esmirna debajo de las mesas de lectura, un armario de roble con los bustos de Mitre y de Belgrano, un mármol con la esfinge de Sarmiento esculpido por Víctor de Fol, cuatro cuadritos en relieve de Litz, Wafner, Mozart y Bethoveen”, continúa y retumban sus palabras en la imaginación al avanzar hacia el salón de lectura, allí justo frente a la puerta que con letras de porcelana grita conocer es amar a la izquierda, ignorar es odiar a la derecha. Dice que eso dijo Joaquín V. González parado ahí y Álvarez le contestó: “Aquí lo dijo y aquí se queda”.

“Entrando en el salón, lo primero que nos llama la atención, a ambos lados del mismo, son la esfinge egipcia y el león alado. Ornamentan el salón también el Dios Sol, en una vitrina La Piedra Roseta y el Libro de los Muertos. La tribuna del salón era el despacho del bibliotecario, quien con su catálogo manuscrito en un álbum dividido en veinticinco secciones asesoraba a los estudiosos. Las ventanas estaban adornadas con cortinas de terciopelo verde. Terminaré esta exposición recordando que el jardín interior estaba iluminado por dos potentes arcos voltaicos y en él se veían cómodos bancos, tres palmeras, césped y en el centro la Venus de Milo”, concluye este recorrido.

## La persona indicada

Alfredo Lovell y Sainz de Aja llegó a Rosario en 1911. Viajó desde Marbella a Argentina a probar suerte. No había pasado mucho tiempo desde la fundación de la Biblioteca Argentina, en marzo de ese año, cuando Álvarez, con quien había tenido contacto antes de viajar, lo designa como bibliotecario. Todavía no estaba terminado el edificio y Lovell puso manos a la obra para organizarlo. Los presupuestos eran acotados y faltaba más de lo que sobraba.

“Álvarez había tenido la suerte de encontrar a la persona indicada para dirigir la biblioteca que acababa de fundar. Como criatura que comienza a dar sus primeros y vacilantes pasos, propensa a caer por la incomprensión y falta de apoyo de las autoridades, pudo mantenerse erguida”, escribió años después Alberto Urrutia en un artículo para la revista Historia de Rosario, en la que describe vida y obra del bibliotecario.

A sus 31 años, pisaba por primera vez Rosario con una formación cultural abultada. Era doctor en Filosofía y Letras, cursó tres años de la carrera de Derecho, cursó como alumno libre de la Universidad central de Madrid en 1909 todas las asignaturas requeridas para el ingreso al Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, fue secretario de la Asamblea Nacional de Doctores en Ciencias y en Filosofías y Letras. También fue profesor de geografía general y de Europa, de historia universal y de España, de geografía comercial, estadísticas y de economía y derecho administrativo, entre otras cosas.

Su viaje a América fue impulsado, según relatan muchos allegados, por una derrota profesional que no logró superar y lo llevó a abandonar su España natal. Se trató de un concurso para cubrir la cátedra de Historia en Palencia, que perdió, o mejor dicho, le fue arrebatada por un allegado al tribunal. Dos años después estaba pisando costas argentinas y radicándose en la pujante ciudad de Rosario.

Además de su dedicado trabajo en la Biblioteca Argentina, Alfredo tuvo muchos otros. Fue rector y bibliotecario del Colegio Nacional N° 1 Doctor Isidro Quiroga, estuvo al frente de la biblioteca de la Escuela Superior Nacional de Comercio, fue también profesor suplente de historia y geografía, y oficial 1° del Juzgado Federal de Rosario, actuando en la Secretaría Electoral hasta 1942, año en que se retiró para jubilarse.

Dentro de la biblioteca siempre tuvo el mismo puesto, solamente ejerció la dirección en pocas oportunidades y bajo circunstancias como la ausencia en el extranjero de sus titulares.

## La carta

Al poco tiempo de que Lovell logra instalarse en Rosario, llegan su mujer y parte de su familia para quedarse definitivamente en esta ciudad. Lovell tuvo siete hijos y muchos nietos. Una de las imágenes de Victoria sobre los domingos con él Lovell con su perro adelante y todos los nietos detrás.

“También recuerdo que subía solo a su biblioteca y yo iba detrás, sabiendo que iba a molestar, me infiltraba porque quedaba fascinada con ese lugar”, relata Victoria.

Uno de los momentos más difíciles en la vida de Alfredo Lovell fue aquel 2 de enero de 1947 en el que una comitiva municipal le informó que quedaba despedido de la biblioteca y que al otro día debía retirar todas sus cosas para no volver. El enojo se lee en las líneas de sus libros escritos a máquina. Lo canalizó en un pedido por escrito al intendente de ese momento para que revirtiera la medida pero no le quedó más opción que refugiarse en esa habitación repleta de libros de la planta alta de su casa.

“El irse de la biblioteca debe haber sido como si le cortaran la cabeza pero de todas formas siguió escribiendo sus registros, tenía otros trabajos así que siguió con algunas actividades”.

Alfredo Lovell murió a los 90 años, el 1° de enero de 1973. El día anterior, estaba toda la familia reunida en su casa y una de sus tías vio a Victoria muy afectada por la salud de su abuelo. Entonces le permitió pasar a verlo unos minutos. Hacía mucho tiempo que vivía en Rosario, pero el bibliotecario todavía usaba modismos españoles en su lenguaje y le preguntó en su lecho de muerte: “¿Tú que vas a estudiar?”. “Letras”, le respondió Victoria. “Igual que yo”, aseveró, y esa fue su última conversación pero también la más cercana que hayn tenido.

Otras de las grandes obras de Lovell fue un diccionario de seudónimos de escritores con un contenido de 11.285 seudónimos utilizados por 8.113 escritores. Este libro, junto con gran parte de su biblioteca personal, fue el legado que Victoria recibió de su abuelo. Para el centenario de la Biblioteca Argentina, la poeta fue invitada a decir unas palabras y mientras preparaba su discurso revisó algunos de los libros de Lovell, entre ellos el diccionario. En la última hoja del libro encontró una carta fechada el 13 de marzo de 1956 y escrita por el ya famoso escritor que se llevó un libro y no lo devolvió ante los ojos de Lovell cuando su reputación todavía no era resonante: “Lo felicito por esta importante labor de investigación literaria que, estoy de ello seguro, ha de ser consultada con interés y provecho por los estudiosos que concurren a la biblioteca. En nombre de ella y del mío propio se la agradezco cordialmente”, decía la misiva firmada por Jorge Luis Borges, en ese entonces director de la Biblioteca Nacional.

COMUNIDAD LÉSBICA, GAY, TRANS, TRAVESTI, BISEXUAL, NO BINARIA, QUEER

# LLEVAR UNA IDENTIDAD

Cuatro historias de vida abren espacios que la sociedad ha demorado demasiado en reconocer. Cómo vivir sin someterse a crueles reglas preestablecidas y asumir con coraje el camino propio

Por **Sonia Tessa**

Fotos **Sebastián Vargas**

**NOAH PELLEGRINI**

## AMPLIAR EL ABANICO

Quienes le conocen desde hace tiempo, le dicen Rulos. Cuando le llaman Noah, le suena formal. En su documento nacional de identidad, sin embargo, figura otro nombre. No hubo ley de identidad de género que posibilitara –aún– su pedido: no quiere que se identifique como hombre o mujer, su género es no binario. Hace más de un año lleva adelante una pelea contra la burocracia estatal que no concibe a una persona fuera de las estructuras femenino/ masculino, pese al antecedente de noviembre de 2018, logrado en la provincia de Mendoza, para quien no consigue género en el DNI.

¿Qué es ser una persona no binaria? Rulos elude cualquier definición tajante. “Lo mío es bastante personal, el no binarismo es como cada uno lo vive. Para mí una identidad no binaria es correrse del hombre-mujer establecido, de la dicotomía social”, dice Noah, que elige hacer la entrevista en la casa de una amiga, donde una tarde de sol y mates les espera. Lleva remera con un enorme signo de pregunta y los rulos que dan sentido al nombre



*“Lo mío es bastante personal, el no binarismo es como cada uno lo vive”.*

con el que más se identifica.

No fue fácil reconocerse, y hacerle saber al mundo, que era “torta”, que le gustaban las mujeres. Tras esa salida del clóset, algo le siguió molestando. “Primero llegó lo queer, hace unos años, y de ahí fue llegándome información. Había cosas que me hacían ruido, que no me cerraban, y me empezó a llegar info de identidades no binarias, más que nada de Europa. Y fue como... ah pará... Creo que mi sentir o mi forma de llevar mi identidad va por ese lado y encontrarme ahí... Tan-

to costó encontrarse torta y plantarse en la vida que fue como... bueno, otra vez salimos del clóset, y ahora plantarme ahí como identidad no binaria”, cuenta .

A sus 32 años, mira con admiración cómo les más jóvenes –sus compañeros de la Asamblea No Binaria que se reúne en La Toma– pudieron llegar antes, y con más naturalidad, a comprender el mundo más allá de los corsés del binarismo. Y vivir con el cuerpo libre de esos estereotipos.

Sin el DNI que respete su identi-



*“De a poco me fui dando cuenta de que la sexualidad podía ser más abierta”.*

dad, en el sistema de salud pública, Noah depende de la buena voluntad de quien atiende en el hospital. En el Heca, el cambio de nombre en el sistema no se termina de asentar, y en cada consulta debe recordar quién es. En el Cemar, cada vez que llega por primera vez a uno de los seis pisos, debe volver a explicar que ese nombre escrito no lo representa. No fue fácil elegirlo. “A mí me gusta el nombre que me puso mi vieja, pero para la sociedad es femenino, entonces se agarran del nombre para llamarte en femenino. Así que, listo, que todo el mundo me diga Rulos, que era mi sobrenombre, hasta encontrar el nombre con el que me sentía cómodo y demás, que fue Noah. Todos los que me conocen desde hace años, me dicen Rulos. Si me dicen Noah es como «ay, que sería». Rulos es mucho más amigable para mí. También es un nombre político, porque por algo es Rulos, no le van a poner la o el...”, se entusiasma contando cómo resolvió eso, que no resultó un problema para la mayoría de las personas cis. ¿Qué significa cis? Define a aquellas personas que se sienten identificadas con el género asignado al nacer.

Noah es reportera gráfica, llegó a Rosario desde Firmat, y nunca habló con su familia de su identidad de

género. “Ni se los dije. No, no, no. Ya demasiado con torta, era como... ¿qué les voy a explicar? No, olvidate, ya con el torta es suficiente”, dice con una voz suave, que sin embargo no suaviza todo lo que falta desandar en términos de sentido común.

Noah lleva un año esperando la respuesta administrativa del Registro Civil al reclamo para adecuar su DNI. Si es negativa, podrá recurrir a la Justicia. La ley nacional 26743 no especifica géneros, hay un vacío legal, ya que no quedó explícita la opción de no consignar género en el caso de personas no binarias. El mismo reclamo de Noah lo comenzaron cinco personas no binarias en la provincia de Santa Fe. Una de ellas estaba en una situación acuciante y tuvo que aceptar las posibilidades existentes.

Más allá, y más acá, de la burocracia, Rulos es feliz de haber encontrado el no binarismo. “Me siento más yo. Antes parecía... Te sentís torta y decís, ay che, era esto lo que no me cerraba y qué sé yo. Cuando ve lo del no binarismo, te decís, claro, con razón. Porque si no es la pelea es interna de si me siento así, soy un varón trans. Y no, hay todo un espectro de lo mujer a lo varón trans, que no necesariamente tenés que ir de una punta a la otra”, cuenta.

**FRANCO CARAMES**

## **SER UNO MISMO**

Franco aprendió a caminar en las escalinatas del Monumento a la Bandera, en las revueltas populares de diciembre de 2001. Participaba de las manifestaciones junto a sus padres, militantes sindicales de toda la vida. “De a poco, más que nada por la militancia de mi mamá y mi papá, lentamente me fui dando cuenta de que la sexualidad podía ser más abierta, muchísimo más fluida, que se podía decir o no decir, estar con quien quieras, y no a pesar de un género”.

La secundaria en la escuela de danzas Nigelia Soria fue un entorno posibilitador. A los 13 años, comenzó a cuestionarse la sexualidad, empezó a sentir que no se trataba sólo —como dice hoy— de hombre con mujer y mujer con hombre. “A los 16 empecé a replantearme mi género, y a googlear o buscar por redes sociales, más que nada en twitter, qué significaba trans, qué era el género”, cuenta Franco, a sus 19 años. La definición de wikipedia, que por entonces ataba el género a la biología, lo confundió. “Después empecé a ver por otras partes, y me jun-

té con un chico, *Ciro*, que es el primer chico trans que conocí, y me ayudó una banda porque me dijo «si te digo qué soy, yo soy *Ciro*, no me defino por un género, me defino por lo que soy». Y yo pensé, claro, yo soy *Franco*, me defino por lo que soy, no por un género. Y ahí, internamente, a los 16, a los 17, me empecé llamar *Franco*. Y en abril de 2018, cuando tenía 17, les dije a mis papás, y antes a mi psicóloga”, rememora *Franco*. Los padres no se lo esperaban. “Lo venían viendo de otra manera, venían pensando que yo era una chica para ellos y mi sexualidad era lo único que quería cambiar”, explica. Les propuso elegir el nombre juntos, pero la mamá “no quiso saber nada”.

Para sus padres, aceptar la nueva identidad de su hijo no fue fácil. Hoy, le dicen *Fran* cariñosamente, aunque a veces se les escapa un pronombre femenino, o incluso un “*boluda*”.

En la escuela, pese a la apertura institucional, dos profesores varones se negaban a llamarlo *Franco*. Tuvo que recurrir a la letra de la ley de identidad, y a la directora. “Fui y les traje la ley. Y les dije, por una ley, simplemente por una ley, aunque no quieras, me tenés que llamar así, sino yo voy a un tribunal y lo arreglamos ahí, pero no creo que sea necesario eso. También hablé con la directora y le dije. Y me lo supieron arreglar de alguna manera, después sí me llamaron por *Franco* o por él. Sí, costó un poco, costó. Pero la mayoría todo bien”, cuenta cómo tuvo que hacer valer la ley en la escuela. Con sus amigos, el lazo afectivo construido durante los años compartidos hizo que la aceptación fuera algo más que eso, un acompañamiento.

Lo peor llegó al terminar la secundaria, y empezar a estudiar kinesiólogía en el Instituto del Gran Rosario, donde sus compañeros —y algunas compañe-

ras— se reían de él y le decían “*puto*”, a modo de burla porque llevaba el pañuelo verde de la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto y una pulsera del arco iris, símbolo de la comunidad lésbica, gay, trans, travesti, bisexual, no binaria, queer y más. “No dije nada, no contesté, no reaccioné, primero porque me quedé *reshockeado* porque nunca me habían dicho así de la nada *puto*. Fue algo agresivo, todos se empezaron a reír, para colmo, tipo todos los chicos, y algunas chicas también, y no sé, dos o tres chicas me dijeron si quería sentarme con ellas, pero ahí los chicos también empezaron con agresividades. Entonces, me cansé. Además, no me estaba gustando mucho la carrera, no me sentía muy pertenecido ahí, entonces me fui, empecé otra carrera que era un ambiente totalmente distinto porque era en Humanidades y Artes, Ciencias de la Educación, la carrera que estoy haciendo”, rememora sin decir ni una vez la palabra discriminación. Las dos materias que le gustaron más fueron psicología y filosofía.

*Franco* cree que el género es “es como el ADN”. “Pienso que viene con uno el género y a veces, le ponemos demasiado valor a la palabra género cuando por ahí no la tiene”, considera. No volvió a pensarse en femenino. “Lo hablo mucho porque creo que lo tengo bastante asumido, pero no... nunca sentí que podía estar confundíendome”, responde, y subraya “bueno, mis papás de hecho por ahí me replanteaban al principio, que se trataba sólo de cómo quería verme, físicamente, porque uso ropa holgada, pero... yo veo chicas que usan ropa holgada, veo chicos que usan ropa corta. No creo que sea una cuestión de ropa o de físico. Es algo que va más allá, con tu interno, de hablar con uno mismo y pensarse a uno mismo”, reflexiona. Comenzar un tra-

tamiento hormonal no es un objetivo inmediato. Cree que hay que pensarlo bien porque son procesos irreversibles.

*Franco* prefiere no hacer planes. “Siento que a veces es mejor vivir el día a día, no esperar mucho, pero siempre pensé mi vida como cualquier otra persona, que tenga trabajo, que termine una carrera, quiero hacer *Psicología*”, enumera sus deseos. También “en algún futuro” quiere tener “hijos, hijas, hijes”. Le gustaría multiplicar las ideas que permitan un entorno más amigable. “A veces me preguntan ¿sos un chico trans? Yo digo, sí soy un chico trans, me podés decir *Franco*, antes de decirme ahí viene el chico trans. Ahí viene *Franco*. Nombres. Qué sé yo, cuando viene alguien no digo, ahí viene la *chica cis*”, desarrolla una lógica implacable.

## NANCY ROJAS

### CUANDO EL ARTE DESBORDA

“¿Estamos desactivadas?/ ¿O a punto de parir un minotauro?/ ¿Somos libres o liberales?/ ¿Somos manifiesto del deseo o seguimos siendo deseadas?/ ¿Estamos realmente sueltas o aprisionadas?/ —Quizás, solamente amansadas—aseveró su espíritu desde la puerta. —Entonces, no hay qué temer”. En su manifiesto *Leopardos sueltos*, de 2016, la curadora, ensayista y productora de proyectos artísticos *Nancy Rojas* se preguntaba sobre la capacidad revulsiva de lo queer, y en esa pregunta, en la búsqueda, vive su trabajo desde que creó *Studio Brócoli* junto a *Mauro Guzmán*. La siguió desplegando en curadurías para instituciones y hasta fue convocada para el *Salón Nacional de Artes Visuales*.

*Nancy Rojas* tiene un nombre pro-

*“El género también es el cuerpo transformado en la medida en que una deja que eso fluya”.*



pio en el arte del país, y ella lo anuda a lo queer. “Me siento como una especie de mediadora entre los artistas y la institución, entonces siempre siento que ese rol es fundamental, porque uno no responde que todo está bien, sino al revés, se ponen a prueba algunas cosas que suceden, que pasan, los conceptos, lo que se elige para mostrar. Y ve hasta dónde”, recupera su trabajo al interior, por ejemplo, de la Municipalidad de Rosario, donde fue una de las curadoras de la Quincena del Arte 2019 Queer.

En la vida de Nancy, hay varias vertientes que alimentan lo queer. Nació en 1978 en el sur de Rosario. Su papá, peruano, y su mamá, chilena, se conocieron en esta ciudad y se casaron enseguida. Vivieron en la

casa de una señora que los alojó como si fueran sus hijos y cuando Nancy tenía seis años, se mudaron al Fonavi de calle Sánchez de Thompson. Aunque era una zona considerada peligrosa –ya entonces–, para ella vivir allí era “lo máximo”. Un recorrido vital desbordado de la norma es algo que sitúa como un antecedente de su labor.

“Empiezo a tener un acercamiento con artistas que siento como disidentes en el campo del arte, en el sentido del lenguaje, que se permiten hacer otras cosas. De repente, en el 2006, cuando no estaba de moda usar una peluca, ni nada de lo que ahora ves hasta en la televisión, yo veía esos gestos artísticos como algo que debía ser legitimado. Yo me ponía en un lugar de «escribamos sobre esto», porque

esto tiene sentido, tiene que salir a escena en el campo del arte. Cuando hacíamos eso con Mauro, en general éramos considerados... la irracionalidad”, retoma un trayecto que engarza con otras vivencias a la hora de explicar su llegada a lo queer. “Hay situaciones muy personales que tuvieron que ver con cómo yo empecé a visualizar mi cuerpo cuando... yo tuve anorexia nerviosa, en la época en la que estaba de moda la anorexia, entre comillas. A mí me diagnosticaron y eso para mí fue algo terrible en ese momento. A la larga marcó también una idea de cómo uno transita su desarrollo físico, bah, cómo tu cuerpo va cambiando y cómo de repente ese cuerpo es un cuerpo diferente siempre...”, relata. Cambios de pelo, de peso, de todo aquello que es mucho más que apariencia porque, como escribió Oscar Wilde, “el misterio del mundo es lo visible”.

“Desde los 16 años, si uno empieza a ver fotos de cómo crecí y qué sé yo, no soy la misma y eso es lo que acompaña también mi concepción del género, que el género también es el cuerpo transformado en la medida en que una deja que eso fluya”, se acerca a un concepto que luego perfecciona ante la pregunta ¿qué es una persona queer? “Diría que es una persona que se transforma todo el tiempo, que permite esa transformación y que transita esa transformación políticamente. Me parece que eso es fundamental, porque obviamente transformarse y no hacer nada con eso no lo es. Sino más bien pensar que el mundo tiene que transformarse, que hay que transformar las ideas, que lo normativo tiene que ser dejado de lado”. La definición viene en oleadas. “También me parece que lo queer está, sobre todo en Argentina, muy asociado a

una posición social. Esto es una hipótesis muy personal, que si bien hay una cosa muy mainstream con lo queer, creo que el ser queer también es ser como estar debajo no sólo de la norma sino debajo de un estrato social, que tiene que ver con la lucha también. En Argentina está bueno pensarlo desde ese lugar porque es hacer justicia con un montón de gente”. Ese desborde de la norma social,

también, la sitúa en lo queer. “Nosotros siempre nos reíamos porque decíamos «somos las únicas pobras del arte», trabajar con la basura, no llegar a fin de mes, ir a Buenos Aires, hacer una muestra y quedarnos sin plata, eso es queer para mí también en el campo del arte. Alquilar una casa, filmar todas las películas y desbordar la casa, ese desborde también es queer”. Su largo trabajo conjunto

con Mauro Guzmán da una pauta: “Nosotros nos rebelamos con el arte, con Mauro, haciendo Studio Brócoli, las películas, tomamos el rol de imponernos. Todo el tiempo estábamos pensando que había otro al que nos estábamos imponiendo, un otro institución, un otro artista de clase alta, un otro artista heteronormativo, un montón de otros. Nosotros, al revés, nunca fuimos víctimas del sistema”.

AMALIA SALUM

## FUGITIVA DE LA FEMINIDAD



*“Hay lesbianas que no nos identificamos como mujeres, y es por una identidad política”.*

En 1981, Amalia Salum le contó a su abuela que era lesbiana, una palabra que todavía no había aparecido en su vida como categoría política. “Mi abuela me crió. Era la autoridad de la familia y con ella yo tenía absolutísima confianza, entonces un día se lo dije. No dijo nada, se fue a dormir, no me hizo un solo comentario. Yo temblé toda la noche y a la mañana, cuando estábamos desayunando, me dijo: «Si yo no entendí mal, vos no vas a tener hijos. Bueno, lo que yo te digo es que si querés tener hijos, yo te ayudo, yo te acompaño». Realmente a veces pienso... Con los años que ella tenía, y estamos hablando de tantos años atrás. Cada día valoro más la cabeza que tuvo esa vieja del amor”, cuenta Amalia, 58 años, activista lesbiana, fundadora junto a Stella Labruna del bar Chavela, un espacio cultural que entre 2010 y 2015, desde Zeballos y Ayacucho, hizo historia en la ciudad.

Amalia supo que le gustaban las mujeres en su adolescencia. Cuando sus compañeras de la técnica suspiraban por profesores, ella se plantaba a las dos menos diez en el patio de la escuela para ver llegar a la regente, y sentir su perfume. “Era una cosa que yo la vivía feliz, refeliz, recontenta, no me generaba ningún conflicto, sólo que era un mundo mío, no lo compartía con nadie, ni con amigas, ni con familia, absolutamente con nadie. Pero a mí no me generaba conflicto, lo disfrutaba muchísimo”, asegura Amalia, quien desde que empezó a trabajar, se las ingenió para que le permitiera viajar a Buenos Aires, donde sí conocía mujeres y desplegaba su deseo libremente. “Era una vida totalmente paralela, en Buenos Aires era yo y después venía acá y cumplía con todo”,

registra ahora.

Muchos años después supo que lo suyo era “lesbofobia internalizada”. ¿De qué se trata? “Yo tenía una lesbofobia internalizada tremenda. Después supe que era eso, en ese momento no lo sabía. Era esto de que no se debe ver. Le ponías la excusa que querías. Decías no tengo por qué contarle, esta es mi vida. Por ejemplo, decir «yo vivo esto porque se me da la gana, pero esto no está bien, entonces, para qué lo voy a andar mostrando». Pero son todas frases muy hechas, como yo no tengo necesidad de andar contando con quién me acuesto... O lo otro, yo no soy lesbiana, yo me enamoré de vos. Eso hasta hoy se sigue repitiendo, más de una lo dice”, enumera alguna de las formas que toma esa discriminación internalizada. “Después, por suerte, mis hermanas compañeras me dieron las herramientas para decir, no pará, que esto se llama así. Te lo sacás y es maravilloso”.

A partir del activismo, de leer lo que habían escrito otras lesbianas, mucho antes, encontró herramientas para ser más feliz. Amalia descubrió que el amor no tenía por qué ser esa idea alimentada desde la heteronormia. Hoy abraza el poliamor, aunque fue un proceso largo. “Con Stella convivimos entre ocho y nueve años, más o menos. Y cometimos todos los errores habidos y por haber de dos lesbianas que viven un vínculo heteronormado, nos estrellamos contra todas las paredes, terminamos muy mal. Tuvimos necesidad de estar un tiempo sin vernos y generar el espacio de lo que fue Chavela juntas. Ese fue el motivo para volver a encontrarnos, y como a mí Chavela me abrió absolutamente la cabeza, y me dio herramientas para un montonazo de cambios y crecimientos, ahí también hice otras

elecciones. Stella es una de mis compañeras de vida, y es una de las personas fundamentales de mi vida, no quiero que Stella no esté en mi vida, no quiero no estar en la vida de Stella, y no es precisamente que seamos pareja. Somos un gran amor en realidad, y así lo cuidamos y lo alimentamos”.

Hoy Amalia, además de vivir los amores sin contratos de exclusividad, y ser una de las seis lesbianas que cuidan de manera colectiva un bebé hijo de una pareja de amigas, enfoca su activismo en Potencia Tortillera, un archivo donde se registra toda la historia de estas tortas –como se dicen, reapropiándose de un término nacido para descalificarlas– desde los años ochenta. Para el año próximo, también quiere enfocarse en el activismo para las adultas mayores.

¿Por qué las lesbianas no son mujeres? “Una de las cosas que estoy aprendiendo últimamente es que tampoco podría decir que las lesbianas no somos mujeres, porque no son todas. Hay lesbianas que no nos identificamos como mujeres, y es por una identidad política. Mujer es una identidad económica-política”, dice, recuperando a la francesa Monique Wittig. “Cuando cuestiona esta heteronormia, Wittig vino a decirnos de dónde sale el término mujer, esa división política-económica-social que dice que el hombre trabaja, provee y la mujer tiene a los niños y los cuida. Si este es el orden económico, las lesbianas nos escapamos de ahí”, explica Amalia. “A mí la identidad lésbica me trajo que además quiero ser autosuficiente, quiero arreglar los cables de mi casa de la misma manera que se me ocurre tejer en un telar, o aprender a hacer una pared. En nada estoy limitada. Es común en nosotras que hagamos esto, porque nos habilitamos a hacerlo”.

# La plaza del amor verdadero

Por **Sebastián Riestra**

Foto **Pancho Guillén**

I.  
La zona norte de la ciudad nunca fue mi territorio. Pero hubo una época en que, impulsado por el amor, la caminé de noche. Y así fue que la descubrí, mientras andaba suelto, fumando, bajo las estrellas del cielo de verano: la plaza Santos Dumont. La plaza de los arcos de medio punto, hechos de ladrillos, como un monumento etrusco abandonado a orillas del Paraná, resto de un pasado enigmático y remoto.

Rosario no es linda, para qué vamos a engañarnos. Su crudo damero la torna insalvablemente provinciana. Y el pragmatismo sin fisuras que constituye tanto la superficie como el trasfondo de la mayoría de sus habitantes no ha contribuido a embellecerla, justamente. Acá la gente viene o nace para hacer dinero. Y quienes lo hacen, lo gastan en otra parte.



Pero claro, está el río. Esa gigantesca serpiente marrón que acaricia el flanco de la urbe aporta una inesperada ración de milagro. Y ahora, que las rejas que cercaban el puerto han desaparecido y todo el horizonte se abre generoso hacia el Paraná, los turistas se paran deslumbrados ante la bestia dormida que pasa y pasa. Aunque baste recorrer un par de docenas de cuadras hacia el sur para que el paraíso se transforme en infierno.

En la vieja ciudad, antes de las obras que convirtieron a la costanera en el paseo de los ricos, los rincones desde los cuales se podía contemplar el río eran pocos. Uno era la plaza Guernica, que ahora es el parque España. Y otro, perdido en la intrincada geografía de Alberdi, era mi plaza. Esa donde iba a soñar.

(Siempre llegué a ella con alegría. En aquellos años, de



pelo largo y eterno libro bajo el brazo, la plata que había en los bolsillos era escasa. Apenas alcanzaba para el boleto de colectivo ida y vuelta, un paquete de diez cigarrillos y un escueto café. Cuando había para ginebra, era un lujo. Y para comer en un bodegón, una efeméride. Pero alegría nunca faltaba).

Allí estaba, señorial, serena, finisecular. Como reclamando la llegada del crepúsculo. Remanso entre remansos, oasis de oasis. Planeta fuera del tiempo. Me sentaba frente al río, con el cigarrillo ya encendido. Suavemente, comenzaba a atardecer.

## II.

El debate político nunca terminaba. La ardorosa discusión de turno en el café o la asamblea estudiantil concluía,

pero nos mandaba de cabeza a los libros. Esos libros que iban y venían de mano en mano, tras haber sido adquiridos en algún negocito de usados. Marx, Lenin, Trotsky, Mao, Lukács, Plejánov, Bujarin, Aricó, Astrada, Marcuse, Althusser, Galeano, Hernández Arregui, el Che. Parece otro mundo, ¿no? Ah, perdón. Es otro mundo, no parece.

Muchas derrotas llegaron en la década del noventa. Los que se jugaron la vida y pagaron con la vida, escribí entonces, se jugaron por un pueblo que nunca se jugó. Que aplaudí a Videla en la final contra Holanda, aquel maldito año 78. Que viví a Galtieri (¡a Galtieri!) cuando los milicos invadieron Malvinas en el 82. Que voté la reelección de Menem. Que eligí a Macri. Ah, perdón. Eso fue más tarde.

El debate político parecía eterno, pero yo a veces me esca-

paba. Era poeta, no militante. Y por lo tanto huía. Me iba a fumar, a leer por ahí. A darle un beso a una boca olvidada. Me iba a la plaza Santos Dumont, sobre la calle Álvarez Thomas, en el barrio de Alberdi. Para llegar, tomaba el rarísimo 210 rojo.

(Los taludes bajaban dulcemente hacia la costanera. Más abajo podían verse las canchas de tenis de Remeros. ¿Las nubes eran distintas en 1983? Sin duda. Todo era distinto en 1983).

### III.

La música era otra pasión que no tenía límites. Lo curioso es que después de intoxicarnos con Silvio, Pablo, Viglietti, Zitarrosa, los Olima o los Quila, volvíamos insoslayablemente al rock. Es que así nos habíamos formado, entre Serrat y Genesis, entre Spinetta y Crimson, entre la Máquina de Hacer Pájaros y Emerson, Lake & Palmer. Y yo tenía un amor inconfesable entre mis amigos de izquierda: me encantaba James Taylor.

En 1981 llegó a mis manos un hermoso vinilo importado: se llamaba *Flag*, y era lo último de ese *songwriter* sentimental y medio dulzón que me volaba la cabeza tanto a mí como a algunas chicas que me gustaban demasiado. Había una canción en especial que me seducía, a pesar de que su letra se enfrentaba de plano con mis firmes convicciones de lucha social. El tema no era de Taylor, sino de una mujer a la que JT recurrió habitualmente para versionar sus canciones: Carole King. Aunque en realidad la letra es de quien fue marido de Carole, Gerry Goffin. La canción en cuestión se llama *Up on the Roof* –literalmente, *Arriba del techo*–. Ahí va:

#### ***Up on the Roof***

*When this old world starts a getting me down  
And people are just too much for me to face  
I'm gonna climb way up to the top of the stairs  
And all my cares just drift right into space*

*On the roof, it's peaceful as can be  
And there the world below don't bother me  
No, no*

*So when I come home feeling tired and beat  
I go up where the air is fresh and sweet*

*I get far away from the hustling crowd  
And all that rat race noise down in the street*

*On the roof, that's the only place I know  
Look at the city, baby  
Where you just have to wish to make it  
So let's go up on the roof*

*At night the stars, they put on a show for free  
And darling, you can share it all with me  
That's what I say  
Keep on telling you that  
The right smack dab in the middle of town  
I've found a paradise  
Just about trouble proof  
And if this old world starts a getting you down  
There's room enough for two up on the roof*

*Up on the roof, up on the roof, oh now  
Everything is alright, everything is alright  
Come on*

*Drop what you're doing tonight  
And climb up the stairs with me and see  
We got the stars up above us and the city lights below  
Oh  
Up on my roof now.*

No tiene sentido que la traduzca entera, cosa que por otra parte haría bastante mal. Pero la (hermosa) letra de Goffin es una auténtica apología de la fuga de la realidad: su propuesta es que, cuando el mundo nos canse y “la gente sea simplemente mucho para enfrentarla”, la solución se encuentra, sencillamente, “arriba del techo”, donde “está tan pacífico como puede estarlo”. Mi “techo”, ahora lo entiendo, era la plaza Santos Dumont.

Hace mucho que no miro el río desde la querida altura de su barranca. Como a todos, la vida me tiene agarrado por aquí y por allá. Y ya no tengo tiempo para buscar amparo entre sus arcos de ladrillo, que tantas veces me cobijaron en el pasado. Aunque alguna de estas tardes volveré. Ya no existe la ilusión revolucionaria, tampoco el 210 rojo, pero el 143 que tomo en la esquina de casa, en la zona sur, me dejará en Rondeau y caminaré rumbo al río. Llegaré, como hace tantos años, a la plaza, y miraré de frente el cielo del atardecer.

# Un retrato que entró en la historia

“Con los pintores amigos”, del rosarino Augusto Schiavoni, es una obra maestra de carácter muy particular. Una mirada sobre sus profundas peculiaridades

Por Rubén Echagüe

El fuerte de nuestro Museo de Bellas Artes Juan B. Castagnino lo constituye lo mejor de la gran pintura argentina, lo cual no es novedad para nadie. Pero no todas las piezas que el museo atesora pueden añadir, a sus aciertos de orden plástico, el ingrediente de una decisiva gravitación histórica. Entre las pinturas que sí reúnen ambas cualidades está, sin duda, El pintor Xul Solar, de Emilio Pettoruti, óleo luminoso y enigmático como un vitral que fuera expuesto en mayo de 1923 en la Galería Der Sturm de Berlín, mereciendo allí la entusiasta aprobación de Sem Roan, una de las voces críticas más reconocidas de la Europa de aquel entonces.

Con menos lustre internacional, tal vez, pero no menos trascendente como hito singular e irrepetible, el gran lienzo de casi dos metros de lado que Augusto Schiavoni pintó en 1930, Con los pintores amigos, suma también a sus valores artísticos un mérito testimonial e histórico, puesto que el autor reunió en ese retrato “plural” a cuatro notables personalidades de la plástica argentina, como lo fueron, además de él mismo, Manuel Musto,

Alfredo Guido y José de Bikandi.

Todo retrato colectivo no deja de tener -según lo señalé ya en otras oportunidades- un cierto “parentesco barroco”, dados los formidables ejemplos que, de esta modalidad nos legaron genios de la talla de Diego Velázquez, Rembrandt o Frans Hals.

Pero las transgresiones que con tanta espontaneidad y frescura enhebra aquí Schiavoni inciden tan poderosamente sobre su lenguaje formal como sobre la anécdota que sirve de basamento a la obra. Y si el retratista académico se esmera en ubicar a sus personajes en actitudes “naturales”, y en rodearlos de datos suplementarios igualmente convincentes, nuestro artista parece disfrutar acumulando detalles desconcertantes, como lo es el de haber representado a Manuel Musto en una obvia escena “de interior” con sobretodo y sombrero, tal como si, ex profeso, aquel se hubiese vestido estrafalariamente para la ocasión.

El bizarro atuendo de Musto es, a todas luces, un dato curioso, pero el tratamiento pictórico que ha recibido su imagen es ya un elemento de juicio infinitamente más contundente, y no

sería impropio asociar la rutilante mancha plana de su sobretodo naranja con las reflexiones apuntadas sobre el color “sugestivo” nada menos que por Vincent Van Gogh.

Al margen de que las analogías entre esos dos “dulces malditos” (diría Juan Batlle Planas) que fueron Schiavoni y Van Gogh son más que tentadoras, no puedo dejar de transcribir en su totalidad un párrafo bellísimo, en el que el genial holandés ha resumido, no menos que en su pintura, las tensiones de un espíritu, hasta desmedidamente delicado y sensible: “Quiero hacer el retrato de un amigo, de un artista que sueña grandes sueños. Este hombre será rubio. Quisiera pintar en el cuadro toda la admiración, todo el amor que siento por él. Para empezar, pues, lo pintaré tal como es, tan fielmente como me sea posible. Pero con eso no está terminado el cuadro. Para completarlo me convertiré ahora en colorista arbitrario. Exagero el rubio del cabello: llego a tonos naranja, a un amarillo cromo, a un claro color limón. Detrás de la cabeza pinto -en lugar de la pared habitual de una casa vulgar- el infi-

nito. Hago un fondo con el azul más fuerte que puedo producir. Y así la rubia cabeza luminosa, sobre el fondo de azul opulento, adquiere un efecto místico, como la estrella en el profundo cielo”.

Para retratar a su amigo Musto (otro artista que también “soñaba grandes sueños”), Schiavoni no solo se convierte en colorista arbitrario, y escoge los colores más cálidos y esplendorosos de su paleta, sino que fluctúa entre dos formas representativas tradicionalmente antagónicas, como lo son la plana y la volumétrica, y, lo que es más sorprendente aún, demuestra que no es una empresa imposible el fundirlas en una sola y misma obra.

Así es como logra neutralizar, y al parecer sin esfuerzo, la contradicción que debería plantearse entre la concepción realista del traje de Alfredo Guido -con su profusión de pliegues, evidentemente tomados del natural- y los planos de color homogéneo del sobretodo de Musto, antinomia que se vincula tanto a una precisa caracterización psicológica de los protagonistas como a una clara toma de posición emotiva de Schiavoni frente a dos de sus “pintores amigos”.

Alfredo Guido -Primer Premio de Pintura del Salón Nacional desde hacía ya seis años y futuro académico- ocupa un discreto segundo plano, y mientras guarda la mano izquierda en un bolsillo de su elegante terno azul, con la derecha se sostiene la barbilla, adoptando una pose estudiadamente doctoral; Musto, en cambio, enfundado en la

expansiva luminosidad de su sobretodo naranja, se adueña de una considerable porción de primer plano (robusto y positivo como lo es su propia pintura), con lo cual no es difícil concluir que esta sencilla y, sin embargo tan sabia ecuación de magnitud, de ubicación espacial y de temperatura cromática, resume mucho más elocuentemente que cualquier declaración verbal, el lugar ocupado por Manuel Musto en el claro escalonamiento afectivo trazado por su amigo Schiavoni.

Al hoy casi olvidado José de Bikandi, un vasco que tras completar sus estudios artísticos en Europa decidiera afincarse en nuestro país y adoptar la ciudadanía argentina, Schiavoni le hace representar (en esta escena de sainete criollo discretamente retocada por Ionesco) “un papel de carácter”: flaco, con orejas de pantalla y una tez rubicunda tirando a lívida, su figura concentra más de un detalle jugoso, como la típica boina folclórica, el gesto de “aferrarse” enérgicamente al vaso de vino tinto o el antológico escorzo del pie izquierdo, que a la vez parodia y desdeña las recetas de la pintura académica tradicional.

Por fin en último término aparece, pincel en mano, el propio retratista, y por más que su aspecto parezca ser el de un oficinista despersonalizado, taciturno y gregario, su ubicación en el extremo izquierdo del lienzo coincide sugestivamente con la que se asignaran Velázquez en *Las meninas* y Goya en *La familia de Carlos IV*, lo cual,

o es pura coincidencia, o es una alusión intencional -y yo me pregunto si humorística- a dos de las cimas más altas y admiradas del arte de todos los tiempos.

Administrando el espacio plástico, Schiavoni osciló entre abandonar a sus criaturas contra fondos despiadadamente vastos, o seccionarlas con no menos crudeza si desbordaban los límites del cuadro. Este violento cercenamiento lo han sufrido, en este caso, tanto el pie izquierdo de Musto -calzado con inefables zapatitos color naranja-, como el pequeño retrato femenino del fondo que, a mitad de camino entre el esquizo infantil y el destemplado clamor expresionista, actualiza el siempre misterioso recurso de introducir “un cuadro dentro del cuadro”.

No pueden dejar de mencionarse, asimismo, el detallismo naíf de las sillas de época, con sus floridos tapizados, la caprichosa irregularidad de las baldosas del piso, que parecen privilegiar la eficacia ornamental por sobre las convenciones de la perspectiva clásica, o la estilización “manierista” que han sufrido las manos de los personajes, las que, por sí solas, constituyen episodios pictóricos de relevancia excepcional.

Y si es cierto lo que denuncia Emilio Pettoruti, en cuanto a que Schiavoni floreció en un “ambiente chato, absurdo, indiferente e incrédulo espiritualmente”, queda en claro que ese mismo ambiente hostil, lejos de mellar la brillantez de su talento, sería el que lo inscribiría en la historia del arte argentino, para siempre.



JORGE MIGOYA

# El deseo de buscar

Por Héctor Mansur



Fue fundador del mítico grupo de rock Síntesis, se formó en la Escuela de Música de la Universidad Nacional de Rosario, compone, toca piano, guitarra y clarinete. Radicado en París, desde hace cuatro décadas, Jorge Migoya estuvo en la ciudad presentando su nuevo disco y repasa para Barullo su vida y su tarea

**-En tu multiinstrumentismo hay una unión entre piano, guitarra, clarinete, voz y percusión. ¿Cuál llegó primero a tu vida?**

-Mi primer instrumento fue la guitarra, el regalo de los Reyes Magos. Comencé a estudiarla de manera clásica a los siete años y por orden de aparición la sucedieron el piano, el clarinete y los demás.

**-¿En qué entidad de Rosario estudiaste música y que profesores fueron tus referentes?**

-Cuando chico estudié guitarra en un conservatorio particular y luego entré en "La Siberia", la Escuela de Música de la UNR. Allí estudié, entre otros, con Dante Grela, Marta Varela, Juan Bautista Zaghís, mi profesor de clarinete, y Santiago Grande Castelli, mi profe de armonía y composición.

**-Barrio de Rosario donde creciste, tu cuadra, tus bares, tus lugares para hacer música...**

-Mi infancia giró alrededor del parque Independencia, nací en calle Dorrego y luego la familia se mudó del otro lado del parque, por calle Crespo, es decir por un lado Gimnasia y Esgrima y por el otro Newell's,

¿qué dilema, no? Quizás fue por eso que elegí ser hincha de un club de Arroyito, lejos de mi barrio. Mi recuerdo de adolescencia es en la calle Crespo, donde desde muy jovencito ya comenzaba a tocar en los bailes, yo era un pibe de 15 años con viejos de 25-28. Encantado de volver por las madrugadas tipo cinco o seis después de tocar en las afueras de Rosario con el Rastrojero, que nos traía a casa lleno de equipos y bafles, cansados pero supercontentos. ¡Tocar en Pérez o en Zavalla, en pícnic de la primavera, era tocar en Woodstock! Fue en ese barrio donde conocí a Juan Ricci (futuro bajista de Síntesis), quien vivía a una cuadra de mi casa, en un pasaje que inclusive creo que se llamaba justamente Independencia. Julio Cusmai también vivía por allí, no tan lejos, por Ovidio Lagos y 27 de Febrero, pero a él lo conocí más tarde, por la creación de Síntesis, ya que fue el batero. Cuando teníamos 17 o 18 años con Juan y su hermano Roque pasamos horas y horas escuchando música en su casa, todo el rock de la época: Led Zeppelin, The Who, Santana, Emerson, Jethro Tull.... Cada uno tenía sus ocupaciones pero el momento mágico y único era escuchar mucha música, tomando mate.

**-¿Cómo fue el inicio de Síntesis?**

-Síntesis comenzó tocando en una pequeña sala en calle San Lorenzo y San Martín (hoy no existe más) para terminar tocando en la Biblioteca Ar-

gentina, en el Astengo o con Polifemo en el cine San Martín, actualmente una cochera en San Martín y Santa Fe. Amader fue una asociación que también organizó muchos conciertos, luego llegó la Trova y al mismo tiempo yo me iba del país", evoca Migoya.

**-Mientras grababas tu primer disco de rock progresivo con Síntesis en Buenos Aires en 1976, sucedió un hecho demasiado particular y decidiste emigrar a Francia...**

-El primer día de la grabación de Síntesis en Buenos Aires fue el 24 de marzo de 1976. Día del golpe de Estado, terrible en la historia contemporánea de Argentina. La formación del trío se agrandó para ese disco, había caños, cuerdas, éramos tres rosarinos grabando en Buenos Aires con músicos porteños, todos de la camada jazzera de la capital. Ese primer día (el disco se grabó en cuarenta y ocho horas) en el momento de la pausa, saliendo del estudio, almorzando en un bar, vemos por la tele la toma de la Casa Rosada y tanques por la calle. ¡Una cosa alucinante! Nosotros estábamos encerrados en ese estudio de grabación, haciendo música y proyectando nuestro futuro y al mismo tiempo, el futuro del país donde vivís se iba a transformar en uno de los períodos más negros de nuestra historia. Evidentemente, en ese preciso momento nadie imaginaba lo que al poco tiempo iba a suceder. Volviendo a Rosario, rápidamente sentimos que nuestra

forma de vivir se estaba alterando; justamente, con Carlitos Lucchese, cuantas veces la policía nos llevaba sin motivo, digamos: verificación de identidad, solo el hecho de caminar por las calles, con pelo largo o estar sentado en un bar, con el Negro Domínguez (Tancredo) era motivo para que te levantaran, y al mismo tiempo, fue cuando el rock argentino progresivo estaba en pleno auge, cuando Pappo cantaba “adónde está la libertad...” y Aquelarre, Violencia en el parque. Dos años más tarde me fui del país, uno de los primeros argentinos que encontré en París fue Gustavo Beytelmann, que recuerdo me decía: “¡No te fuiste, te fueron!”. Después con el Tata Cedrón comprendí lo que eran el desarraigo y la soledad del que se fue del país sin desearlo, yo por suerte ese dolor no lo viví.

### ***¿Cómo es tu actividad musical profesional en Francia hoy?***

-Actualmente estoy trabajando sobre varios proyectos al mismo tiempo; estoy componiendo música para una comedia musical, donde hay actores, cantantes, y es un trabajo bastante complejo, sobre todo para los intérpretes ya que tienen que actuar, saber el texto y al mismo tiempo aprender canciones y cantarlas, nada fácil, puesto que todos los actores no son forzosamente cantantes. Por otro lado estoy ensayando con una troupe que se caracteriza en el Music-Hall; allí la música es omnipresente y está basada en una serie de números de equilibristas, trapecistas, bailarines, cosa muy parisina al estilo Moulin Rouge y Lido de París. En general mi trabajo oscila entre mis composiciones personales, que las empleo en mis diferentes formaciones (tríos, dúos, cuartetos) y la composición para teatro, danza, que son composiciones diferentes ya que están al ser-

vicio de otro arte y que significa otra manera de pensar la música. En todo caso, siempre estoy haciendo música en vivo.

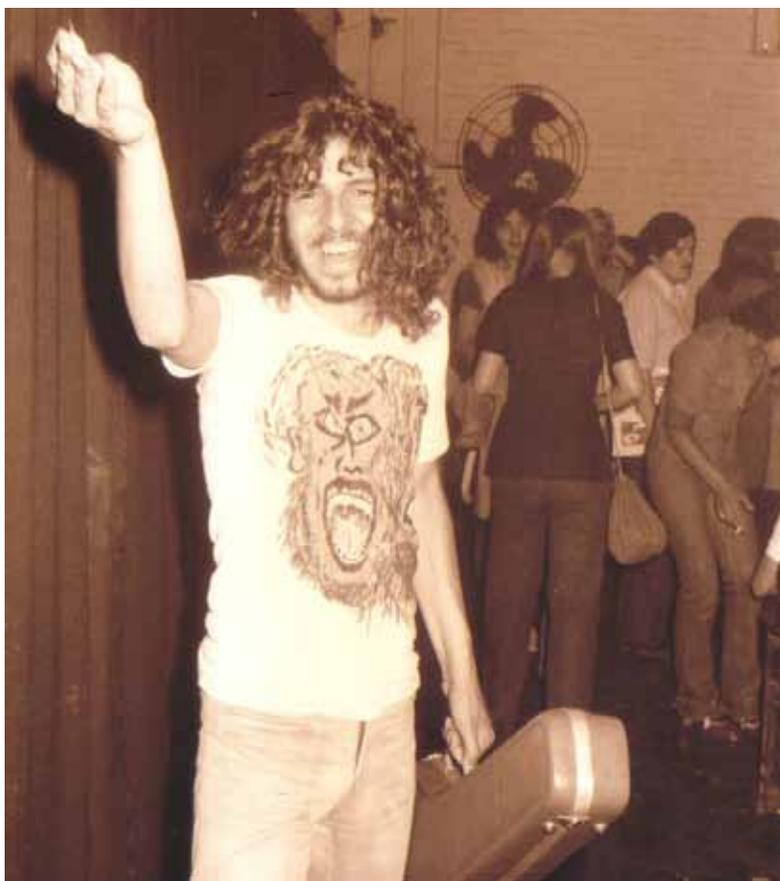
### ***- Tu reflexión sobre el incendio de Notre Dame...***

-El incendio de Notre Dame fue un drama, una tragedia para los parisinos, los franceses y el mundo occidental (creyente o no). Personalmente, apenas me enteré de la partida del fuego, tomé la bicicleta y asistí al drama en directo. Era algo sorprendente, ver las llamas que devoraban poco a poco el techo, sentir el calor intenso, el ruido de la madera que arde y alrededor, miles de personas en silencio (qué decir...), asistiendo a ese espectáculo increíble e inimaginable de ver Notre Dame en llamas, hoy en 2019. Vi mucha gente llorar, rezar, deslumbrada pero sobre todo, una tristeza enorme. Una incapacidad total a frenar lo inevitable, la fuerza de ese fuego y nosotros ahí mi-

rando, solo mirando... como se dice aquí: “Nada de otro que los ojos para llorar”. Ya hace unos meses de esto, nuestra vida sigue y sólo una pregunta tuya me permite revivir el drama que personalmente no olvido, como tampoco olvido la foto de ese niño ahogado sobre una playa del Mediterráneo, ni esos otros monumentos en Siria, que Daesh destruyó durante la guerra, por nada. El patrimonio de los hombres; es eso lo que me fascina, cuando vemos una catedral en llamas o Palmira destruida, es la obra de los hombres que desaparece. Y qué decir cuando el hombre quema los árboles.

### ***¿Quiénes son esos chalecos amarillos?***

-Es el argentino que no llega al fin de mes, el argelino que no puede comer, es el afroamericano o latinoamericano víctima del racismo, es el indiano que vive y muere bajo la polución de sus ríos contaminados, y te podría dar miles de ejemplos más.



Por suerte, vivo en uno de esos pocos países donde la gente no se calla, donde todavía el derecho a manifestar existe y aunque cada vez sea más difícil, lo siguen haciendo. El gobierno francés actual está en el mismo modo y el mismo diapasón que todos los gobiernos del mundo, algunos más, otros menos democráticos, pero la idea general es la misma para todos, es decir, ¡continúen! Para mí no hay diferencia entre Trump, Macron-Macri, Putin, Xi Jinping o Bolsonaro. Si alguno de esos me diera una opinión sobre cuál es la diferencia entre un hombre y otro hombre, cuál es la razón de la superioridad de uno con respecto a otro, quizás tendría una escucha más atenta hacia a ellos, pero sé que no me van a dar ninguna respuesta ni humana ni aún menos filosófica o sociológica. Ese movimiento nació de una manera muy espontánea, fuera de gremios, de sindicatos, de asociaciones, era tu vecino, el agricultor de tu pueblo, la maestra de una escuela perdida, tu médico, tu hijo, en definitiva, todos esos que no tienen ni están en el poder, es tan claro como el agua, bueno, ¡sí es limpia!

**-Argentina, como otros países, sufre toxicidad musical en los medios de difusión masivos...**

-¡Sí, aquí también! Hay algunas regiones que resisten a la basura mediática, por ejemplo en Bretaña, en el País Vasco, en Auvergne o en Córcega, lugares que tienen una entidad y una música propias, algo así como el folklore en Argentina, pero sólo se escucha en esas regiones o tenés que buscarlo por internet o tener amigos por esos pagos. Francia, y París en particular, consume de todo y mucho, es una ciudad muy cosmopolita, se puede escuchar todo tipo de música, africana, árabe, de Mongolia o de India; eso por los artistas que vienen de

afuera y también por los extranjeros que viven aquí. Pero siempre es para un público particularmente interesado, en general lo que se escucha por la radio es mucha música estadounidense y no siempre de buena calidad, inclusive los franceses también tienen sus grupos o mejor dicho cantantes (no hay grupos) bastante mediocres que no aportan nada de novedoso al mundo musical francés. Además aquí tanto la visión musical como artística es totalmente diferente a la de Argentina, cantantes de aquí no sé si tendrían éxito allí y los Spinetta, Baglietto, Nebbia o Páez les parecerían una cosa incomprensible e inaudible a los franceses.

**-Tus discos en Argentina los edita BlueArt Records.**

-Sí, es el sello que editó varios de mis discos y con el cual llevamos una relación altamente musical que asienta aún más nuestra sincera amistad.

**-Has venido varias veces a presentar tus nuevos discos, como recientemente "Al piano". ¿Qué te quedó de cada lugar donde tocaste?**

-En todos los lugares donde tocamos, la gente nos recibió muy bien. La respuesta fue sumamente cálida; en Santa Fe me decían que no era lo que escuchaban habitualmente en esa sala. Cada ciudad tiene su público y diferente uno de otro, en Rosario, muy atentos, hasta cada final de tema no había mosca que volara y aplausos muy respetuosos. En Francia por ejemplo al público lo tenés que hacer participar, que se le muevan los zapatitos o que sigan el ritmo con las manos (aunque lo hagan mal). En Argentina la mejor manera de participar es simplemente escuchar, y eso para un músico es esencial y allí hay una fuerte comunión.

**-Quiero confesarte que cuan-**

**do terminé de escuchar el tema "Mi Tania" (Incluido en el álbum "Aquí me pongo a cantar"), no pude evitar el llanto, algo muy fuerte sucede en esa composición. Con profundo respeto ante todo, preguntarte por la historia de dicha canción...**

-Me hace bien saber que Mi Tania te conmueve. Quizás este hecho para eso. Es un tema que no escucho casi nunca y que por suerte lo pude grabar (con muchísima dificultad) para así no tocarlo más (no puedo tocarlo...). Lo hice para mi hija Tania, que nació el 12 de febrero de 1987 y falleció el 13 de diciembre de 2003, por un cáncer del sistema linfático. Ese disco, mi único disco cantado, lo hice sólo por esa canción, ¡sólo por esa canción!

**-¿Qué música o banda estas escuchando que nos puedas recomendar?**

-Yo escucho de todo, hay muchas cosas interesantes, por ejemplo: John Zorn, Eric McFadden, Julian Casablancas and The Voidz, en Francia hay un trompetista muy creativo llamado Ibrahim Maalouf, como también Rabih Abou-Khalil en el álbum Sultan's Picnic y tantos más.

**-Nombrame un podio con tus pianistas preferidos del mundo, sólo tres...**

-Uh, muy difícil elegir sólo tres. Digamos Keith Jarrett, Esbjörn Svensson y Cecil Taylor. Los tres totalmente diferentes.

**-¿Qué deseo hay musicalmente a futuro por cumplir?**

-Mi deseo es poder seguir haciendo música sin barreras, no perder el deseo de buscar aunque no se encuentre. En alguna medida todo está ahí, solo hay que pasar el buen momento y atraparlo, y entonces... Como si todo fuera límpido, un tema mío en YouTube, búscuenlo.

“TIEMPOS DIFÍCILES”, REGISTRO ÚNICO E INOXIDABLE

## La rosarinidad al palo

Tiempos difíciles fue el testimonio del surgimiento de un compacto grupo de músicos comandados por Juan Carlos Baglietto que más tarde serían bautizados como Trova Rosarina. Con temas medulares como Mirta, de regreso y Era en abril, el disco fue una expresión cultural de una época marcada a fuego por la Guerra de Malvinas y la decadencia de la dictadura, que caló hondo e hizo que vendiera 30 mil copias en el otoño del 82

Por Juan Aguzzi



Cuando se busca qué se escribió sobre el disco *Tiempos difíciles*, con el que Juan Carlos Baglietto y compañía se presentaron en sociedad en Buenos Aires primero y de allí al país en 1982, es poco lo que se encuentra y hay que navegar mucho para dar con algo. Fue, en su momento, un disco fugaz para la crítica y prensa pese a la admiración que despertó, pero apenas un poco después produjo el hilo de textos necesario para que un álbum de rock moviera el amperímetro de las novedades como hacía rato no pasaba.

El material resultó tan explosivo como dinamita en una mina. El disco y el encandilador genio de ese hombrecito que cantaba canciones

con peso específico musical y poético, que lo grabó junto a una banda de la que emanaba una energía inexplicable, dio lugar a un mito casi como si fuese un pase de magia surgido del interior del país en épocas oscuras, capaz de cautivar distintas audiencias y evocado hasta hoy como carta de presentación de una sangre joven que irrumpía en el rock nacional con sesgos demasiado propios.

Fundamentalmente fueron el tipo de canciones de ese disco, que parecían sonar diferentes a todo lo que se escuchaba entonces y adscritas a un ¿género? no tan fácil de identificar que navegaba entre el rock, el pop, la rítmica urbana con sabor a río, el

tango y un folk trastocado, capaz de hacer surgir acordes y progresiones armónicas sumamente seductoras, lo que iba a distinguirlo en el tablero del rock nacional aunque su identidad fuese difícil de definir solamente en esa categoría. Canciones inaugurales donde podía rastrearse tanto un sin fin de influencias como ninguna comprobable aunque daba, a la primera escucha, una sensación de familiaridad.

Era como si la banda de Baglietto, que así se la nombraba, hubiera buscado que su música sonara, dentro de lo posible, a algo conocido y desarrollaba en sus canciones un paisaje armónico particular, con letras de una poética muy precisa donde convivían la textura nostálgica con una impactante ironía que se inflaban de significados a cada cambio de acorde. Las canciones parecían tener una lógica interna para expresar determinados sentimientos e iluminar zonas disponibles en el imaginario de un par de generaciones por lo menos, los que habían soportado —en cualquiera de sus formas imaginables— la dictadura cívico-militar y los que acababan de ingresar al rock al despuntar los 80.

Allí estaban entonces *Mirta, de regreso*, de Adrián Abonizio; *Era en abril*, de Jorge Fandermole; *Puñal*

tras puñal, La vida es una moneda y Sobre la cuerda floja, de Fito Páez, y Dulce pájaro, de Rubén Goldin, canciones que se irían convirtiendo en himnos y que hicieron que Tiempos difíciles consiguiera vender 30 mil copias y fuera el primer álbum debut en alcanzar esa friolera. Un disco que fue oro –el primero de rock argentino– en un contexto por demás de adverso –la Guerra de Malvinas, la declinación de la dictadura que todavía pegaba sus zarpazos–, idéntico al que tuvo el origen de lo que la prensa porteña llamaría Trova Rosarina, cuyos miembros o algunos de ellos coparon el escenario de Obras Sanitarias e hicieron sonar esos temas que hoy siguen emocionando de un modo nada fácil de glosar.

El viento del azar que potenció a Tiempos difíciles e hizo que luego del concierto de presentación se buscara afanosamente en disquerías provino del anacrónico decreto emanado del Ministerio de Seguridad nacional en donde se prohibía que las radios pasaran música en inglés. Los programadores volvieron entonces al rescate del rock nacional o rock progresivo –bastante oculto por esos años– y se toparon con un disco que sonaba muy pero muy bien y que pintaba una realidad fatal que se había impuesto devastando conciencias y espíritus. Y que por otra parte no sonaba a rock porteño, ni tan fácilmente podía llamárselo rock del interior, ¿entonces? Por elevación se recordó a Los Gatos Salvajes y ahí se alumbró la urbe cercana y cosmopolita, Rosario. De modo que Tiempos difíciles respiraba rosarinidad y además tuvo una forma casi lúdica porque su factura estuvo lejos de las productoras, los managers –había sólo uno, incipiente, que había descubierto a Baglietto en Rosario–, de la prensa, los códigos, el negocio, lo que lo volvió un disco relativamente autónomo, placentero y estimulante para las alicaídas reser-

vas del rock nacional de ese entonces.

En 1982, a la inmediata censura de la música en inglés durante la Guerra de Malvinas y en paralelo a ese rock nacional que resurgía con conciertos de Almendra –que volvía–, Serú Giran, Vox Dei, Raúl Porchetto, León Gieco y el legendario Moris (que otra vez pisaba suelo patrio), se instalaba un nuevo lenguaje musical de la mano de la new wave, donde el pop pisaba fuerte con bandas como Los Twist que aggiornaban parte de la rítmica de los 60 tornándola superficial y divertida. Ahí, claro, Tiempos difíciles fue un flechazo al corazón de esa escena y la sorpresa del año.

La lírica de Mirta, de regreso, en todo una profunda aguafuerte de un estado de cosas con su pertinente correlato objetivo, fue un refugio para los fantasmas de un tiempo que ya pujaba por dejar de ser lo que era pero revelaba al mismo tiempo un presente clausurado en donde había que empezar de abajo: “...Ya no hay ni un pelo largo/ todos parecen soldados./ Me siento parado en un cementerio./ Me recibió el frío y un nuevo gobierno...”, decía y allí se cifraba la impresión blanco y negro de un mundo que había arrasado con los sueños románticos, frágiles y ya marchitos bajo los implacables brillos del neoliberalismo instalado tras seis años de dictadura; y que a la vez ponía en diálogo una lengua ribereña llena de matices, un artefacto poético significativamente político, perdedor pero nunca resignado, con el áspero cemento de una cultura erosionada y decepcionada. Las notas ascendentes de un teclado, la distorsión de una guitarra o la garra o calidez de una voz en las canciones del disco se abrían paso en un territorio que podría ser desconcertante y a la vez liberador. Era en abril es un tema francamente desgarrador –se la tiene como una de las canciones más tristes del rock nacional– y sin embargo portaba una

resistencia a la pérdida insondable que revelaba y profundizaba e iba más allá del mero relato. Fandermole exhibía ya un imaginario cultivado y medular. La estrella oculta de ese firmamento de seis que eran Baglietto y su banda ya despuntaba con aperitivos musicales inspirados y deslumbrantes.

El ADN de Fito Páez era como un sol que enrojecía el horizonte y producía una onda expansiva que fracturaba cerebros. Ahí ya estaban Puñal tras puñal y su fraseo inquieto a lo Discépolo: “...La propuesta es sencilla,/ pero olvidar es matarse de a poco./ Soy otoño esta noche./ Soy verdugo impaciente de mi sombra...”, que parece describir ciertos acontecimientos de la vida que están agazapados a la espera, pacientes como una lluvia quieta, de que alguien caiga en sus redes; o La vida es una moneda y En la cuerda floja, crónicas vigorosas que testimonian una sociedad fragmentada que uniforme y excluye con la misma violencia. Pese a su juventud, Fito contaba con un instinto musical educado a golpes de notas ligeras y abruptas a la vez que precisaba en sus letras el conflicto y el casi nulo optimismo de ese tiempo.

Baglietto grabó Tiempos difíciles con la misma formación que en el Festival de La Falda lo consagró cantante revelación apenas unos meses antes. Silvina Garré en coros, Rubén Goldin en guitarra, Sergio Sainz en bajo, Fito Páez a cargo de los teclados y José Luis Zappo Aguilera en percusión fueron los protagonistas de ese registro único e inoxidable. Tiempos difíciles fue así una expresión cultural de su época porque logró insertarse en el imaginario musical representando con demoledora contundencia su contexto. Y eso fue claramente percibido por el público, que inundó las disquerías en el frío y gris otoño del 82. Casi como buscando pan caliente.



**San Cristóbal Seguros**  
está rumbo a cumplir 80 años  
y la Mutual del Personal lo celebra  
con acciones solidarias  
y una amplia programación cultural.

**RUMBO 80** nos propone una agenda  
de actividades durante todo 2019  
para festejar este nuevo hito  
conectando a las personas con la cultura,  
haciendo comunidad.



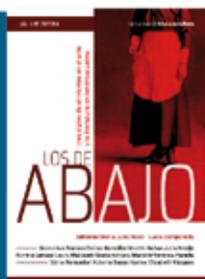
**Espacio  
Multicultural**  
MUTUAL DEL PERSONAL  
GRUPO **SAN CRISTÓBAL**

Lunes a Viernes de 9 a 19hs. Italia 646. Rosario.



Universidad  
Nacional  
de Rosario

## COLECCIONES UNR EDITORA



### Colección comunicación lenguajes cultura

En los libros de esta serie resuenan sus legados para interrogar críticamente las representaciones y los imaginarios de nuestra contemporaneidad desde una perspectiva multidisciplinar.

### Colección Cuenta Ciencia

Esta serie propone el abordaje de temas relacionados con las ciencias de la salud a partir de historias, preguntas y respuestas sencillas a profesionales y actividades lúdicas para los más chicos.



### Colección Configere

La literatura es también una manera de leer el mundo en el que vivimos. Los libros de esta colección dibujan un mapa en el que aparecen coloreadas las calles que solemos pisar, los lugares que frecuentamos; son relatos que nos devuelven una imagen para nuestro lenguaje.

### PUNTOS DE VENTA UNR EDITORA

Librería Universitaria Maipú 1065 · Stand UNR editora Córdoba y Corrientes · UNR editora Urquiza 2050

### LIBRERÍAS DE ROSARIO

Mandrake Rioja 1869 · Oliva Entre Ríos 579 · El juguete rabioso Mendoza 784 ·  
El halcón maltés Córdoba 1641 Local 205 / Mendoza 1438 · Mal de archivo Moreno 477 · Paradoxa Mendoza 823 ·  
Amauta Entre Ríos 548 local 3 · Argonautas Rioja 725 · Buchin Entre Ríos 735 · Homo Sapiens Sarmiento 829 ·  
Puerto Libros Corrientes 857 · Arde libros Sarmiento 783 – Local 13 · Oslo Urquiza 1035 Local 3